

BOLSILIBROS
ERUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

piratas del Amazonas

cliff bradley





CLIFF BRADLEY

PIRATAS DEL AMAZONAS

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1056

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
- RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 34.495-1970
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: noviembre, 1970

© CLIFF BRADLEY – 1970
sobre la parte literaria
©JORGE NÚÑEZ – 1970
sobre, la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona – 1970

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

961. — Sendas de ira.

En Colección BÚFALO:

616. — El que mató a Jack Torrence.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.016. — Granujas y pillastres.

En Colección ASES DEL OESTE:

361. — En deuda con el crimen.

En Colección BRAVO OESTE:

193. — Un caballero del Oeste.

En Colección COLORADO:

469. — El rancho siniestro.

En Colección PUNTO ROJO:

438. — Como una araña.

En Colección CALIFORNIA:

735. — El pueblo infernal.

En Colección KANSAS:

644. — Speedy.

CAPÍTULO PRIMERO

TREINTA millas mar dentro, se nota perfectamente aún la desembocadura del Amazonas. El agua tiene un color terroso claro. Pero ahora, a la medianoche y bajo la Cruz del Sur, no se notaba gran cosa.

El carguero hallábase detenido, meciéndose al oleaje bajo las estrellas en el agua negra. Prácticamente no se distinguía ninguna luz a su bordo aunque sí las había encendidas, pero no las usuales de navegación. Lo que sí había era movimiento sobre cubierta. Una de las cabrias chirriaba sacando del interior de la bodega de proa recias cajas alargadas que iban depositándose junto a la amura de babor. Los hombres trabajaban casi en silencio.

A corta distancia, uno de esos pesqueros de bajura típicos de todas las costas, acercábase a buena marcha al carguero. Su patrón permanecía alerta a proa, examinando el mar con anteojos provistos de cristales infrarrojos. Y cuando por fin distinguió al otro barco impartió una serie de órdenes secas que cambiaron ligeramente el rumbo de la embarcación.

También usaba lentes de cristales infrarrojos el capitán del carguero y también dio una serie de órdenes con el altavoz. Poco después, el pesquero se abarloaba a sotavento del carguero.

Entonces comenzaron a ser trasladadas las largas cajas de uno al otro. Era una tarea difícil e incluso peligrosa, pero sin duda los hombres que la realizaban tenían gran experiencia de la misma. Duró exactamente dos horas y media.

Al terminarla, el pesquero dio marcha atrás y emproó después hacia la cercana isla de Marajó. Se hallaría como a tres millas del

carguero cuando este encendió sus luces de situación y siguió ruta hacia el Sur...

Al alba, el pesquero penetró por la ancha boca del Amazonas entre las islas de Marajó y Mexiana. Desde el momento en que se apartaron del carguero, sus tripulantes habíanse dedicado febrilmente a una extraordinaria tarea. Abrir una por una aquellas cajas, extraer su contenido, que era nada menos que de fusiles modernos, ametralladoras ligeras, subametralladoras y cargadores repletos, meter las armas en bolsas de plástico impermeable y estas en tela de saco que era cosida rápidamente. En cuanto uno de aquellos costales quedaba listo era bajado a la bodega y allí alineado sobre el piso, en capas sucesivas. Cuando una caja quedaba vacía, unos cuantos hachazos la destrozaban y sus restos iban a parar al mar.

Ahora toda la tarea había terminado y aquel cargamento de armas y municiones reposaba en las bodegas del pesquero, debajo de una capa de hielo picado y otra de cajas llenas de pescado sobre la cual también había hielo. Si algún patrullero guardacostas aparecía con intenciones de ejecutar un registro, nada hallaría a simple vista que resultara sospechoso. Aunque, de hecho, los patrulleros guardacostas no solían aprehender a los pesqueros del país.

Al mediodía, el pesquero remontaba la lenta corriente fangosa, de más de una milla de anchura, de la boca de Mexiana, aguas abajo de la localidad de Chaves. Se fue arrimando poco a poco a la orilla de Marajó y finalmente echó el ancla cerca de la misma, en un punto donde todo era selva tupida pero donde desembocaba uno de los infinitos «caños» de agua del delta amazónico.

Por aquel «caño» salieron una tras otra varias lanchas de las usadas comúnmente por los ribereños del Amazonas. Iban tripuladas por hombres casi desnudos, que se movían veloces y silenciosos sobre cubierta. Una a una, aquellas lanchas se abordaron al pesquero, por parejas, y comenzó un ajeteo febril. Los bultos de armas salían de la bodega del pesquero y pasaban a las lanchas, donde eran introducidos en pacas de forraje. Cuando una de las lanchas terminaba su carga alejábase río arriba lentamente...

La operación terminó tres horas después y no tuvo en todo el

tiempo espectadores. Luego el pesquero dio media vuelta y retornó al mar.

Anocheía cuando las lanchas del río se reunieron en un lugar totalmente oculto en el interior de la selva, junto a un espacio de terreno libre de arbolado, pero lleno de hierba. Allí esperaban unos hombres junto a un montón de cajas de embalaje, vulgares, en todas las cuales había pintado con letras negras un rótulo: «Compañía Agrícola Fragoso».

De nuevo las armas sufrieron un trasbordo. Ahora quedaron embalsadas en las cajas rápidamente, las cajas fueron bien tapadas y metidas en las lanchas, que reemprendieron viaje a través de la noche, la selva y los pantanos.

Durante toda la noche aquellas lanchas remontaron el Amazonas. Al alba se introdujeron por otro de los infinitos «caños» y apenas una hora después llegaban a un punto donde aguardaban dos camiones viejos, pero recios, de los comúnmente usados por las fuerzas armadas en todos los países. Inmediatamente las cajas pasaron de las lanchas a los camiones, que una vez cargados partieron tierra adentro por una pista abierta en la selva.

No fueron muy lejos, solo unos cinco kilómetros. Luego desembocaron en una pequeña pista de aterrizaje sita en un claro de la selva. Allí había dos pequeños hangares y ante los mismos dos potentes aviones ligeros, bimotores, sin duda listos para despegar. También había media docena de hombres semidesnudos, trabajadores del país al parecer, y un tipo alto, recio, que calzaba botas altas de cuero rojo y vestía una camisa rojo sangre, pantalones de panilla color miel y una chaqueta corta. Aquel tipo llevaba un cinto con un moderno revólver y se tocaba con un sombrero de paja trenzada adornado con una piel de serpiente, tenía todo el aspecto de ser un hombre de acción muy peligroso.

Fue él quien comenzó a impartir órdenes con bronca voz de mando. Los hombres formaron cadena y comenzaron a cargar a sus espaldas las cajas que los ayudantes de los chóferes de camión les acomodaban desde arriba de los vehículos, transportándolas a las avionetas y entregándoselas allí a otro hombre que las iba apilando en el interior...

Uno de los pilotos salió de su avión como con intenciones de realizar algo ineludible. Era alto, delgado, pero fuerte, de

agradables facciones y cabello oscuro, con un cuidado bigote. Vestía una zamarra ligera, camisa de franela y pantalones de dril grises embutidos en botas de media caña. Se fue hacia la parte de atrás del hangar que tenía más cerca y el tipo que vigilaba la carga apenas si tuvo para él una mirada de atención.

A la luz de la alta y gran luna blanca, que acababa de aparecer apenas media hora antes, el piloto se metió por detrás del hangar, quedando fuera de la vista de quienes efectuaban la carga. Entonces, tras comprobar que no había sido vigilado ni seguido, corrió encogido y velozmente hacia una edificación baja y larga que casi no resultaba visible en la oscuridad de los grandes árboles del borde del claro selvático.

Delante de aquella casa, con todo el aspecto de una de las típicas fazendas amazónicas, un hombre armado con metralleta montaba guardia dando lentos paseos. La casa, en sí, parecía dormida, ninguna luz salía de su interior.

El piloto llegó sin novedad al extremo de la misma, comprobó que el centinela no recelaba nada y siguió avanzando sigilosamente, pegado a la pared. Al llegar bajo una de las ventanas, sacó algo de su bolsillo y manipuló en ella rápidamente. Luego la alzó con su cuidado, abriéndola, se introdujo con gran agilidad en el interior del edificio y la volvió a cerrar.

Un rayo de luz no más grueso que un lápiz mostró un despacho muy bien montado, con muebles de acero y duraluminio especiales para resistir la corrosiva atmósfera amazónica. A un lado, y empotrada en un grueso pedestal de hormigón armado, había una caja de caudales moderna.

El piloto llegóse a ella y acopló la pequeña linterna eléctrica adecuadamente. Luego comenzó a tantear en la combinación de la caja. Sin duda era un experto, pues solo necesitó menos de diez minutos para abrirla.

Pero en el mismo instante en que tiraba de la puerta hacia sí, resonó, estridente, una sirena de alarma.

El piloto quedó por unos instantes como petrificado. Allí fuera, el centinela se alertó de inmediato y corrió hacia la casa alistando su metralleta, mientras comenzaban a encenderse una o dos luces dentro del edificio. A un lado del mismo, en lo que parecían unas caballerizas, varios perros de presa de los utilizados por la policía y

el ejército en muchos países despertaron de pronto, uniendo sus feroces ladridos al estridor de la sirena. Y en la pista de aterrizaje, el individuo que dirigía la carga echó mano a otra metralleta que tenía cerca y corrió hacia la casa gritando a los demás que le siguieran.

El piloto había reaccionado no obstante a toda prisa. Echó mano a una pequeña cajita de acero que había dentro de la caja de caudales y corrió hacia la ventana que forzara, abriéndola.

En aquel momento abrióse la puerta de la habitación dando paso a un hombre alto, fuerte, de aspecto aristocrático y edad alrededor de los cuarenta años, en pijama y empuñando una espléndida «Beretta» con la cual apuntó al fugitivo.

Este, a su vez, actuó con musitada velocidad, asiendo una silla y lanzándosela con certera puntería. No evitó el disparo, pero el proyectil pegó alto y desviado sobre su cabeza. Aprovechando el momento de aturdimiento del recién llegado, el piloto saltó como un gamo a través de la ventana y huyó a la selva. Instantes después, el que le había disparado llegaba a la ventana y volvía a hacer fuego sobre su figura huidiza.

El guardia apareció en aquel momento, metralleta en mano. Más atrás llegaban los que estuvieron cargando las avionetas. El que disparara les gritó:

—¡Va hacia la selva, mátenlo!

El guardián se detuvo y lanzó una ráfaga de proyectiles en la dirección que se le indicaba. Más atrás, el capataz de los cargadores lo imitó. Pero tiraban al buen tuntún y no le dieron al fugitivo, que ya se había metido en la negra impenetrabilidad selvática.

—¡Ese debe ser Costa, el piloto! ¡Le vi ir hacia este lado!

—¡Soltad a los perros! ¡Que no escape!

Uno de los hombres corrió hacia donde se encontraban los perros y procedió a soltarlos. Parecía ser su cuidador, porque los tres perrazos de presa nada le hicieron y se limitaron a tironear de sus cadenas. El hombre gritó llamando a otros y dos de ellos se acercaron corriendo, para tomar cada uno de ellos un perro, con los cuales corrieron a la selva. Ya por todas partes corrían otros hombres, armados...

El fugitivo estaba corriendo para salvar su vida. Sabía perfectamente lo que le esperaba si llegaban a atraparlo y de ahí

que no se entretuviera ni un segundo. Acezando violentamente, tropezando, cayendo, levantándose, hiriéndose contra lianas, raíces, ramas bajas, huyó en medio de aquella oscuridad que era su única esperanza.

Durante algún tiempo la feroz, enconada persecución, continuó. Los perros de presa no perdían el rastro y guiaban a los hombres armados e implacables detrás del fugitivo. Este, cada vez menos seguro de escapar, mantenía su desesperada carrera por puro instinto de conservación. Sabía que el brazo del Amazonas, ancho de doscientos metros, corría a corta distancia, en algún punto allí delante. Tal vez si lograba alcanzarlo...

Los perros ya no ladraban y eso era lo peor. El fugitivo, ahora, sentía sobre su nuca el helado hálito del miedo. Empuñaba una pistola que sabía iba a servirle de muy poco y corría, corría...

De repente, descubrió allí delante una fantasmal claridad. Rutilaba la luz lunar sobre la superficie mansa del río. Y tal vez fuera su salvación...

En el mismo instante escuchó a su espalda un ruido que lo espeluznó. Giró veloz al tiempo que una masa oscura y rápida le saltaba encima, emitiendo un gruñido feroz, y disparó casi a bocajarro, contra el perrazo.

El disparo no podía marrar y no falló. Pero a la vez descubrió su posición. El perro le cayó encima, emitiendo un gruñido agónico, y las temibles fauces se cerraron en el aire a pocos centímetros de su carne, con un golpe seco y crispado. El piloto cayó, junto con el animal malherido, y en la caída perdió la cajita de acero. De un empujón se quitó de encima al perro, se puso de rodillas y tanteó buscando la caja. Luego, alocado, reemprendió la huida hacia el río.

En aquel momento crepitó una metralleta cerca, a su derecha. Los proyectiles zumbaron como avispas furiosas por entre el denso follaje y dos de ellos acertaron al piloto, aunque no le provocaron heridas serias. Tambaleándose, siguió adelante, sin soltar la pistola. Veinte metros escasos lo separaban de la orilla...

Y justo cuando llegaba a ella quedó su cuerpo silueteado contra la claror de la corriente del río iluminada por la luna en menguante. Allí detrás, el capataz de los porteadores lo distinguió y abrió fuego con su metralleta.

Esta vez, el piloto fue alcanzado de lleno. Cayó como un pelele, en la misma orilla del río. Y un instante después le caían encima los otros dos perros de presa, atacándolo a dentelladas.

CAPÍTULO II

WERNER TRAÜTLOFF, el hombre que había sorprendido al piloto robando la caja de caudales, tenía una expresión dura, ceñuda, preocupada. Ante él, el capataz de los porteadores mantenía una actitud entre disciplinada y expectante. Acababa de colocar sobre la mesa de escritorio los objetos pertenecientes al piloto muerto.

—Es todo lo que llevaba encima...

Traütloff los había examinado, sin hallar absolutamente nada de particular. Tampoco parecía haberlo esperado. Encendió una pipa curiosamente taraceada con manos firmes y el mismo gesto reconcentrado, luego habló, como para sí mismo:

—¿Quién pudo darle a ese hombre la combinación de la caja fuerte?

—Él estuvo aquí algunas veces —dijo su interlocutor—. Y le vio abrirla, tal vez captó...

—No seas estúpido. Nunca hubiera podido hacer tal cosa —Traütloff había tomado una fotografía que antes sacara de la cartera del piloto muerto y la examinaba con fijeza ausente. Volvió a tirarla sobre la mesa—. No, le dieron de algún modo esa combinación...

—El plan tuvo que madurarlo desde hace tiempo. Y nadie, ni yo mismo, le notó nunca nada extraño.

—Quien le dio la combinación ignoraba que hubiera conectada una señal de alarma, pero sí sabía que esto se encontraba ahí dentro...

Traütloff había tomado ahora la cajita de acero, que antes

abriera y cuyo contenido extrajo, examinándolo como para comprobar que no faltaba nada. Volvió a sacar de ella un mapa cotilizado de la cuenca amazónica, con anotaciones y cifras entrecirculadas de trecho en trecho, lo examinó...

—Apuntó bien al blanco, desde luego. Todo el esquema de la organización, la situación de las bodegas de relevo, lugares de cambio de embalajes, lista de los horarios de entrega y retirada de las mercaderías...

Volvió a guardar el mapa en la cajita y la cerró, mirando con fijeza a su interlocutor.

—Nos habrían podido destruir de un solo golpe —añadió—. Un ataque de improviso bien sincronizado, sobre todos los escondrijos nuestros a la vez, nos habría quebrado en mil pedazos, Boris. El plan ideal...

Se detuvo y pareció sopesar alguna idea que hubiera acabado de ocurrírsele. El llamado Boris guardaba silencio. Al cabo de un rato, Traütloff añadió, con el mismo tono preocupado:

—Y sin embargo, no creo que tuviera intención de robar estos documentos...

—¿Que no? Pero...

Traütloff esbozó una sonrisa entre desdeñosa y condescendiente.

—Su plan era, sin duda, copiarlos. Por eso traía esa cámara japonesa en miniatura.

Tomó lo que parecía un encendedor vulgar y le quitó la rosca aparentemente para tapar el depósito del gas, miró allí y se lo enseñó a su interlocutor, añadiendo:

—Exacto, como imaginé. Pensaba simplemente microfotografiar los documentos y dejar los originales en su sitio para que nada recelásemos. Echarnos el lazo al cuello es lo que quería, sin darnos la menor oportunidad de escapatoria.

Volvió a tomar la cartera.

—Ya lo ves. Nada, ni nombres, ni una tarjeta de visita, ni una agenda de bolsillo, ni un maldito papel con una anotación. Nada de nada, solo dinero. Y esta fotografía de su esposa.

Volvió a tomar la fotografía. Era de una mujer joven y bella, que sonreía abiertamente. Al dorso había una dedicatoria.

—Su mujer... No nos sirve para nada.

La tiró de nuevo y fumó furiosamente su pipa, dando dos pasos hacia su derecha, luego parándose. Evidentemente estaba muy preocupado.

—No me importa tanto saber quién era en realidad ni con quién, cuándo y dónde pensaba entrevistarse. Lo importante es saber, averiguar cuándo hizo la conexión con quién le indujo a trabajar contra nosotros. Llevaba cinco años en la organización y siempre cumplió a satisfacción plena.

Regresó de nuevo a la mesa para volver a tomar la fotografía de la mujer y examinarla, ceñudo.

—Su esposa... Ignoraba que estuviera casado; nunca habló de eso. ¿Tú sabías algo?

Boris denegó.

—Nada de nada. Es más, le creía sin compromisos de esa índole, era y se comportaba como un despreocupado en materia de mujeres.

—Muy listo. Y ahí es posible que esté la explicación de todo. Hay que localizar a esa mujer, Boris. Y creo que ya sé quien va a encargarse de la tarea.

Dejando otra vez la fotografía, cambió de expresión y añadió:

—Hay que efectuar el envío inmediatamente. Que Meredith se haga cargo de ese aparato. Tienen que salir de aquí antes del alba. Apúrate.

—Sí, señor Traütloff.

El llamado Boris se apresuró a salir para cumplimentar las órdenes recibidas. Por su parte, Werner Traütloff regresó a su dormitorio y procedió a vestirse sin mayores prisas. Véasele rumiando pensamientos.

La habitación era amplia y estaba magníficamente amueblada, algo en verdad sorprendente para el lugar y la apariencia exterior del edificio. También había algunas cosas muy poco comunes en ella, como poco común era el hombre que la ocupaba. Se vistió y calzó, volvió a cargar y encender la pipa, luego se acercó a la ventana y se puso a contemplar desde allí el despegue de las avionetas. Seguía rumiando pensamientos.

Allí abajo reinaba ahora una febril actividad. Lo sucedido con el piloto muerto provocaba lógica excitación y los hombres actuaban

como hormigas de un hormiguero pisoteado. Se ganó el tiempo perdido en la caza del hombre y los dos aviones ligeros rodaron uno tras otro por la pista de aterrizaje, balizada con luces rojas a los flancos, rugieron sus motores al tomar presión y se elevaron velozmente por sobre la sombría hilera de la selva, alejándose como grandes pájaros bajo la pálida, siniestra, luz lunar.

Entonces los hombres procedieron a eliminar todo rastro de la carga realizada y se apagaron las luces de balizamiento. Cuando terminaban, apareció Traütloff.

—Que no quede nada sospechoso a la vista —ordenó a Boris.

Este asintió, añadiendo una pregunta:

—¿Qué hacemos con ese cadáver?

—Enterradlo en la selva. No me interesa que nadie pueda encontrar sus restos.

Los perros habían destrozado salvajemente al piloto rematándolo, pero los hombres de Traütloff no dejaron el cadáver junto al río, sino que lo recogieron, trayéndolo de vuelta al campo de aterrizaje. Ahora estaba envuelto en varias de las arpilleras que sirvieron para embalar las armas contrabandeadas, un bulto siniestro arrimado a la pared de uno de los hangares. Boris ordenó a cuatro de los hombres coger palas y cargar con él, se alejaron así pausadamente hacia la selva, seguidos por la mirada de Traütloff.

Entonces este retornó a la casa, yendo a una habitación muy bien amueblada también, una especie de sala de estar con un bar muy bien surtido. Se metió en él, manipuló algo y toda la anaquelaría giró silenciosamente, dejando un amplio hueco por donde se introdujo.

Allí dentro había una potente radioemisora en miniatura, uno de esos equipos ultramodernos de la técnica electrónica de comunicaciones que tanto facilitan la tarea a todos aquellos que necesitan una rápida y eficiente red de comunicación, incluidas las grandes organizaciones internacionales de delincuentes. Por lo demás, el cuarto tenía el ascetismo de una celda monacal y ninguna ventana.

Traütloff sentóse ante la emisora, se ajustó unos auriculares especiales y conectó unos mandos, poniéndose de inmediato a transmitir.

—Mario Costa, el piloto. Intentó apoderarse de los documentos

de mi caja fuerte. Ignoro quién pudo darle la combinación, pero sin duda se trata de alguien muy introducido en la organización. No, no pudo escapar, ya está enterrado. Pretendía sin duda microfotografiarlos. Ningún dato, salvo una fotografía de mujer, al parecer su esposa... Sí... Es preciso localizar a esa mujer lo antes posible, tengo la corazonada de que ella es la clave de este asunto. Que se encargue Rudolf.

Cuando Traütlöff cortó la comunicación parecía algo más aliviado. Se quedó unos instantes pensativo, después abandonó la habitación de la emisora, cerró el panel secreto y se sirvió un poco de ron con hielo, que apuró en lentos sorbos. Finalmente retornó al despacho y fue a sentarse a la mesa, tomando por enésima vez aquella fotografía de mujer y contemplándola con intensidad.

—No puede ser posible —murmuró—. No, de ningún modo. Y sin embargo, juraría que es ella.

Al parecer, aquella mujer, la esposa del piloto muerto, lo fascinaba. Y sin embargo, al pronto no le había prestado mayor atención, fue a la tercera vez que tomó la fotografía cuando creyó descubrir algo que le resultaba demasiado fantástico y que de no serlo podría darle la explicación total de lo ocurrido.

Una explicación que lo abrumaba.

CAPÍTULO III

AQUEL era un cuartucho realmente infecto, donde el pegajoso calor de la Amazonia parecía aumentado y revuelto con los olores más acres y desagradables. Alrededor de una mesa cubierta por tapete verde había un grupo de individuos de mala catadura en general, vestidos como suelen hacerlo los marineros y la gente de puerto los más, pero también abundando otros de atuendo mucho más indefinible. También había alguna que otra mujerzuela. Se jugaba fuerte a los dados, el aire denso se cargaba de humo de tabaco y había expectación.

Ahora le tocaba tirar a un mozo de sobre treinta años, alto y fuerte, de agresivas y agradables facciones, vestido con unos pantalones arrugados de dril, una camiseta a rayas azules y blancas y una chaqueta azul de marino con botones de planta vieja, que se tocaba con una gorra azul de visera negra reluciente echada fanfarronamente hacia la nuca. Batió y sopló los dados y los lanzó con un gesto rápido, diestro, gritando:

—¡Vamos, muchachos, a ver cómo os portáis! ¡Siete y gano!

Con gesto alegre, arrambló las apuestas hacia el ya abultado montón de billetes de Banco, en su mayoría arrugados, ajados, sucios y alguno hasta con desconchaduras y rotos, que tenía delante. Tomando de nuevo los dados miró con desafío a los demás jugadores.

—¡Vamos, a ver qué pasa! ¿Es que nadie quiere ya jugar? ¿Le teméis a mi cochina suerte? ¡También cambia, eso lo sabemos todos! ¡Adelante, ratas y cocodrilos de los muelles, pujad contra Rich Rolland, que esta noche está en vena! ¿Dónde está vuestro

dinero?

Algunos aceptaron su reto, pero volvió a ganar, entre muestras de emoción de los presentes. Uno de ellos, un tipo rudo y malencarado, vestido como los marineros, abandonó el grupo y acercóse a otro individuo de catadura tampoco muy tranquilizadora, que, con la espalda contra la pared, entreteníase en limpiarse las uñas con una navaja. Lo interpeló con mal humor.

—No resisto a ese tipo. Toda la noche ganando...

Luego añadió, en tono más bajo y con un guiño cómplice.

—Oye, júégale tú.

El aludido alzó una ceja, hizo una mueca y contestó, displicente:

—No merece la pena.

—¿Que no la merece? ¡Estás loco! Lo menos lleva ganados dos mil cruceiros nuevos.

El otro tipo le miró con fijeza.

—¿Estás seguro? —dijo con súbito interés.

—¡Y tanto! Mira, vamos a medias, yo te ayudo. Comienzas flojo, lo cebas y le echas los dados preparados.

El otro cerró y se guardó la navaja, decidido.

—De acuerdo, vamos allá.

Los dos tipos abriéronse paso entre los mirones y, en el momento que el afortunado marino se disponía a lanzar los dados de nuevo, el de la navaja le cogió la mano, impidiéndoselo, con una amplia sonrisa y una frase suave.

—No resisto el desafío de una partida de dados bien caliente, amigo. ¿Le importa dejarme los suyos antes de ponerme a jugar?

Rich Rolland había apretado el gesto y le centellearon agresivas las pupilas, pero ahora se dominó y esbozó otra sonrisa, que solo estaba en sus labios, mientras le daba los dados a aquel individuo.

—Puede examinarlos a su gusto, amigo. Ya lo hicieron otros. Yo juego limpio siempre.

—Cosa que no dudo. ¡Huy! Están vivos sus dados, amigo, se nota...

Mientras hablaba, el tipo aquel pareció acariciarlos, luego los batió entre sus manos como acariciándolos y empapándose en alguna cualidad de los mismos que solo él pudiera percibir, todo ello con su amplia sonrisa. Finalmente se los devolvió el marino.

—Adelante, amigo, cuando usted guste. Esta va a ser una partida grande.

Rich Rolland no le había quitado ojo, pero no pareció advertir nada extraño en todo aquello. Tomando los dados, volvió a moverlos con energía. Y el tipo de la navaja, como al desgair, bajó su mano desecha a buscar algo en el bolsillo del pantalón.

Aquel cuartucho donde estaba la timba hallábase separado por unas puertas batientes de un local mucho más amplio, mezcla de taberna de puerto y cabaret. Cuatro o cinco docenas de tipos muy parecidos a los que ocupaban la timba llenábanlo, bebiendo o bien bailando con hembras de profesión muy clara y definida. No había mayores diferencias de ambiente entre una y otra parte del local. Un tipo grande y grueso, en mangas de camisa y masticando más que sosteniendo la colilla de un puro entre sus dientes grandes, negruzcos y desportillados, con una cara que no predisponía de golpe en su contra y dos ojos duros, astutos, alertados, se hallaba sentado en lugar estratégico tras el mostrador y junto a la registradora, vigilando todo en local. Era bien conocido aquel hombre, Joao Salgueiro, el Preto Joao, en Manaus y a lo largo de dos mil kilómetros de Amazonas, aparte una vasta región. Propietario del local, ex presidiario, la policía habría pagado muy bien por conocer solo la mitad de las cosas que suponíase él conocía.

Mientras cobraba y devolvía un cambio, pareció fijarse en un hombre, sin duda otro marinero, que bailaba con una de las mujerzuelas del local. Era un tipo realmente impresionante en lo físico, de anchos hombros y acusada mandíbula, no mucho mayor de treinta años, atezado, musculoso y, a la vez, ágil, de cabellos claros y ojos azul oscuro; uno de esos tipos que gustan a casi todas las mujeres provocándoles una atracción irracional.

Aquel marinero bailaba alegremente y daba la impresión de ser simpático y estar divirtiéndose. La mujer que con él bailaba, sin duda se encontraba razonablemente a gusto. De ahí que reaccionara mal cuando otra los detuvo y dijo, medio desafiante, medio bromeando:

—Ya está bueno, déjamelos un poco ahora a mí.

Pareció que iba a haber bronca, pero no fue así. Hubo un intercambio de miradas entre ambas mujeres, pero la que hasta

entonces bailaba con el marinero se encogió de hombros con desdén y contestó, mordaz:

—Por mí, adelante, si tanta hambre tienes de él...

Luego se alejó con despectivo contoneo. Pero la otra no le hizo caso y se agarró al marinero, que parecía muy divertido.

—Cualquiera diría que te has enamorado de mí, chata. ¿Esperas hacérmelo creer?

—Me gustan los hombres como tú. Me gustan de veras. Y yo sé hacer que ellos me encuentren muy de su agrado.

—No lo dudo —rió él, cogiéndola por los riñones mientras ella iniciaba una danza.

Un nuevo cliente entró en el tugurio aquel, otro tipo como solo podía encontrarse en los muelles. Viejo, pero de edad indefinible, menudo, magro, nervioso, mal vestido, medio calvo y mal afeitado, parecía a simple vista un mendigo o un ratero del puerto. Se detuvo y sus ojos de rata examinaron atentamente todo el local, después avanzó por entre la clientela de un modo escurridizo y fue a colocarse en el mostrador justo delante de Joao Salgueiro, que ni pareció enterarse de su presencia, y a corta distancia de un hombre de como cuarenta años, razonablemente bien trajeado y que parecía más bien un comerciante o funcionario gastando un par de horas *non sanctas*, a juzgar por su aire entre nervioso, apurado y falsamente aburrido. El hombrecillo pidió una cerveza fría y sacó tabaco, encendiendo un cigarrillo y dándole dos o tres chupadas rápidas mientras observaba todo de modo suspicaz. Cuando le trajeron la cerveza medio la apuró de un trago, se limpió con el dorso de la mano, fumó y habló en tono rápido, susurrado, silabeante:

—Tengo un gran negocio, Joao. Verdaderamente grande.

El dueño del local siguió sin mirarle, atento a lo suyo en apariencia; pero su boca moduló un gruñido;

—Déjame en paz, Rata. Hay mucho trabajo.

El hombrecillo no se amilanó.

—Son millones, Joao, de veras. Mucho dinero... Armas...

No se movió un músculo del rostro del mestizo del tabernero. Cogió el dinero que le traía uno de sus camareros, cobró la consumición y, al devolverle el cambio, se levantó, llamando a otro

de ellos con un gesto y pidiéndole al tenerlo a su lado;

—Quédate un momento, enseguida regreso.

Luego salió pausadamente por detrás del mostrador encaminándose hacia una puerta pequeña, por la cual entró. El hombrecillo había terminado su cerveza, tiró un cruceiro nuevo sobre el mostrador, esperó su cambio, dejó una exigua propina y fue a meterse por aquella puerta. No vio cómo al menos dos hombres dentro del local seguían sus movimientos con la mirada. El tipo que parecía un comerciante o funcionario y el alegre y fuerte marinero que bailaba bien agarrado con la mujerzuela.

Joao Salgueiro estaba ahora sentado tras una destartalada mesa de escritorio sobre la cual había algunas facturas, un par de dietarios y muy poco más. Aquella habitación parecía una mezcla de despacho y almacén, estaba sucia, llena de los mismos olores que todo el f tugurio, a luz de una bombilla de flexo daba de lleno en el rostro de quien entrase, dejando en la sombra al sentado tras de la mesa. Cuando el hombrecillo entró, quedó vacilante unos momentos, pero luego avanzó hacia la mesa y habló con su curiosa voz silabeante:

—Joao, te juro que te estoy diciendo la verdad, es algo grande de veras, puede ser un negocio fabuloso...

—Claro y concreto —gruñó el tabernero—. ¿De qué se trata y dónde está?

Había mucha astucia en la mirada del hombrecillo.

—Bueno, está en el puerto. Y son armas modernas, excelentes y muchas, una veintena de grandes cajas. Vienen como herramienta agrícola, a nombre de la Compañía Agrícola Fragoso.

Salgueiro escuchaba sin quitarle ojo.

—¿Quiénes son esos?

—Nadie. Una embarcación llega, descarga... y al día siguiente aparece otra que recoge la mercancía y se la lleva. ¡Contrabando puro! ¿Te das cuenta? No habría nadie que las reclamara después, solo habrá que ir allí, cogerlas y llevárselas...

—¿Cómo te enteraste?

El hombrecillo sacó una navaja automática, haciendo un gesto expresivo.

—Con esta. Ya sabes, buscando algo que pueda venderse

fácilmente, o comida... Me escurro en los almacenes y hurgo en los bultos y las cajas, hago agujeros. Y de repente me tropiezo con eso. Ametralladoras, rifles, pistolas, munición, todo de calidad.

Hizo una pausa. Acezaba, estaba nervioso. Salgueiro interesado, pero sin demostrárselo. Prosiguió el hombrecillo:

—Ya había visto otras veces esas partidas de armamento, pero sin sospechar de qué se trataba. Cada tres semanas, más o menos, llega un cargamento. Tenemos que hacerlo, Joao, merece la pena, de veras. No hay pérdida, es como jugar con dados cargados...

Como jugar con dados cargados. En efecto, así nunca hay pérdida. Y en la timba estaba demostrándose. Porque el tipo que lo utilizaba y habíale dado el cambiaso, el marino llamado Rich Rolland jugaba ahora con ancha sonrisa de triunfador, tenía delante un montón de dinero y ganaba sin cesar, mientras Rolland veía disminuir velozmente sus anteriores ganancias con gesto contrariado, mejor dicho, con una desconfianza en aumento.

El marinero que había embarcado al otro tipo en la trampa se la había colocado al lado y ahora le comentó, zumbón:

—Parece que cambió su suerte, amigo...

—Así es —le contestó Rolland seco, mientras miraba fijo a su contrincante—. Desde que ese tocó los dados...

El aludido rio alto y meneó su diestra con agilidad, desafiante:

—¡No me diga que es supersticioso, amigo! El juego es el juego, la suerte es la suerte. Antes para usted, ahora para mí, eso es todo. ¡A ver, hijitos míos, dadme otra vez la suerte...! ¡Ahí van...! ¡Siete!

En efecto, de nuevo ganaba. Pero antes de que pudiera recuperar sus dados, Rolland los atrapó en ágil manotazo. Hubo un revuelo y tanto el tirador como su compinche se pusieron rápidamente en guardia.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

Ya Rolland los estaba examinando. Y se lo dijo con violencia:

—¡Lo que me figuraba! ¡Estos no son mis dados, están cargados! ¡Eres un puerco tramposo!

Uniendo la acción a la palabra le lanzó los dados a la cara. El tipo trató de esquivar, pero solo lo consiguió con uno.

Entonces su compinche entró en acción, atacando a Rolland mientras gritaba:

—¡Tú eres el tramposo y el mal perdedor!

Pero su feroz puñetazo se perdió en el vacío. Rolland esquivó ágilmente y le contestó con un gancho corto al hígado que lo dobló hacia adelante con un gemido y un «uno dos» rapidísimo lo envió contra los ya calentados espectadores de la escena.

Rápido, Rolland echó mano a los billetes de Banco y con un puñado atrapó gran cantidad de los mismos, cuando ya el tipo tramposo sacaba su navaja automática, con un gesto amenazante y jaque:

—Vas a probar de esto ahora, hijo de perra...

Pero Rich Rolland le demostró que sabía pelear. Se guardó el dinero en el bolsillo del pantalón mientras iba hacia él despacio y alerta. Los demás les dejaron campo libre, esperando.

El tipo de la navaja también se encogió, con una mirada alertada y astuta. Luego, de repente, se lanzó como una víbora hacia delante y la hoja de la navaja relampagueó siniestramente.

Rich Rolland saltó en el momento justo, esquivando el navajazo, atrapó el antebrazo derecho de su enemigo, se inclinó y se cargó al tipo en un perfecto golpe de judo, alzándolo del suelo y girando con él para lanzarlo encima de su compinche, que, ya repuesto, venía a la carga. Los dos cayeron juntamente al suelo, con estrépito.

El ruido de la pelea ya había llegado al salón de baile. El marinero alto y fuerte que tenía tanto éxito con las mujeres estaba muy atareado con una de ellas, pero la soltó y, sin entretenerse, marchó hacia la timba cuando ya salían por ella algunos hombres y mujeres con pocas ganas de recibir un golpe o una herida. Era como nadar contra corriente, pero aquel hombre se comportó como lo haría un rompehielos, separando a unos y otros con inusitada facilidad.

Allí dentro, Rich Rolland estaba viéndose en apuros. Porque el tipo de la navaja y su compinche tenían amigos y estos se habían puesto de su parte; ya eran cinco, dos de ellos armados con navajas, los que ahora acosaban, acorralándolo. Por su parte, había atrapado una silla y la utilizaba como arma defensivo-ofensiva eficazmente.

El que venía de bailar solo necesitó una ojeada. Ensanchó el pecho al respirar y avanzó, gritando:

—¡Aguántalos, Rich, ahí te voy!

Dos de los tipos, uno con navaja, otro el marinero que iniciara el asunto, giraron para hacerle frente. Pero el recién llegado los trató como si fueran perros callejeros. Paró un puñetazo del marinero con el antebrazo izquierdo y le atizó tal golpe debajo del mentón que lo alzó del suelo, tirándolo contra otro de sus compinches. El de la navaja aprovechó para enviarle un «viaje» alevoso, pero el marinero aquel volvió a demostrar su inusitada agilidad esquivándolo por un par de centímetros, girando sobre sus talones y descargándole un golpe hacia la nuca con el filo de la mano abierta. El navajero chilló como una rata pisoteada, abrió ambas manos, soltando la navaja, y corrió impulsado por algo más fuerte que su voluntad contra la mesa, donde se golpeó de frente con la cabeza, cayendo luego al suelo.

—¡Cuida tu espalda, Xanti! —le gritó Rich Rolland entonces, al tiempo que se deshacía de otro de sus enemigos con un certero silletazo. El llamado Xanti inició un giro veloz al tiempo que un tipo le saltaba por detrás al cuello atrapándole en una presa de judo que podía ser mortal y otro venía también, navaja en mano, desde el salón de baile contra él.

El que intentaba desnucar a Xanti se llevó una ingrata sorpresa cuando dos manos grandes y fuertes como de acero le agarraron las muñecas quebrándole la presa apenas iniciada. Así, Xanti retrocedió veloz de espaldas ante el de la navaja con el otro cargado sobre sus hombros, en impresionante demostración de agilidad y fuerza física, y de repente dejóse caer de espaldas al suelo, aplastando bajo su peso al que trataba de estrangularlo. El otro se le vino encima con la navaja y una mirada, una expresión asesina.

Para ver como dos fuertes botas de suelas claveteadas se disparaban al tiempo en su dirección. Una le pegó en la cadera, otra en el muslo. Y con un aullido de dolor, el tipo, voló hacia atrás para venirse al suelo.

De inmediato, el llamado Xanti se deshizo de la presión sobre su cuello a pesar del forcejeo de quien quería estrangularlo, giró y, en corto, le pegó un puñetazo en la sien. El tipo aquel rodó los ojos y perdió de inmediato su interés por la pelea.

Rich Rolland tenía a tres ante él ahora, dos con navajas. Había

pegado su espalda a la pared y les plantaba cara con una sonrisa dura. Tenía sangre en el lado izquierdo y en la manga del brazo derecho, pero eso era todo, no parecía herido de gravedad. Ya había tumbado a dos de sus contrarios y los restantes mostrábanse prudentes, tanto que no vieron alzarse a Xanti a sus espaldas. Este dio tres zancadas, atrapó por el cuello al que usaba dados emplomados y con la otra mano le retorció la muñeca armada. El tipo se congestionó de golpe y sacó una lengua de a palmo, parecieron ir a saltársele los ojos también.

Pero eran muchos los que venían contra el par de marineros. Salgueiro y el Rata habían abandonado el despacho al escuchar el ruido de la bronca y ahora el primero, con mal humor, había ordenado a sus empleados poner orden. Eran tipos muy duros, avezados a tales situaciones, y uno con una cadena de bicicleta, otro con una porra de goma, otro con un redondo, liso y duro palo, cerraron hacia los combatientes.

Rolland y Xanti los vieron llegar como refuerzos para sus enemigos y no se entretuvieron a discriminar, con lo cual tomó caracteres épicos la pelea. Chillaban huyendo las mujeres; los hombres procuraban escurrir el bulto o se unían al bando que más bien les pareciera.

Y pronto el local se convirtió en campo de Agramante donde cada cual recibía y propinaba golpes sin saber a ciencia cierta quién y a quién los daban.

Hasta que llegó la policía a poner término a la lucha.

CAPÍTULO IV

RICH ROLLAND y Xanti Urbietta presentaban un aspecto bastante lamentable, pero tenían sendas expresiones desafiantes y hasta insolentes cuando comparecieron ante el comisario de policía, convenientemente escoltados. Aparte el comisario, allí se encontraba el hombre de aspecto apacible y algo desambientado que tomaba una copa en el local de Salgueiro cuando el Rata llegó con su información. Tenía el mismo aspecto apacible, pero ya no parecía nervioso ni desambientado.

El comisario contempló severamente a ambos detenidos y luego les advirtió, con sequedad:

—Están libres, el señor abonó su fianza.

Rich y Xanti cambiaron una sorprendida mirada y luego miraron al hombre que así les ayudaba. Él sonrió levemente y les habló con calmoso tono:

—Bueno, señores, ya oyeron al comisario. Así que nos podemos marchar.

Ellos tenían sus razones para guardar silencio dentro de la comisaría. Callaron, pues, y siguieron a su benefactor a la calle. Allí, en cambio, lo abordaron imperiosos.

—Oiga, amigo, explíquenos esto.

—No le conocemos de nada. ¿Por qué abonó nuestra fianza?

—¿Qué más da? Están libres y es lo que importa.

—Seguro. Pero el juez dijo que eran mil cruceiros nuevos. Y nadie es tan generoso, ¿no le parece, señor?

—Llámenme Machado. En efecto, nadie es tan generoso. Digamos que estoy realizando una inversión.

Volvieron a mirarse ambos amigos. Rich Rolland inquirió, suave:

—De modo que una inversión...

—Justo. Pero este no es lugar para hablar de negocios. Si no les importa, tomaremos una copa en lugar tranquilo y allí hablaremos.

—Es lo menos que podemos hacer, en pago a su generosidad —dijo con ironía Xanti. Y echaron a andar.

No fueron demasiado lejos. Entraron a uno de los numerosos bares, de la zona portuaria, a la sazón poco concurrido, y Machado pidió bebida para los tres. Luego también repartió tabaco. Pero se tomó su tiempo para entrar en el tema.

—Les vi pelear. Son duros de veras ustedes. Y sé que poseen una buena motora. ¿Aceptarían un trabajo?

—¿Qué clase de trabajo?

—Sencillo y bien pagado. Entregar una mercancía río arriba.

—¿Qué clase de mercancía?

—No estoy autorizado para decirles eso. Comprenderán que no se pagan mil cruzeiros por transportar unos cuantos sacos de maíz.

Los dos amigos volvieron a mirarse. Rich Rolland asintió:

—Entendido. ¿Cuándo sería?

—Inmediatamente. ¿Tienen inconveniente?

—En principio, ninguno. ¿Viaje único o seguirán otros?

—Tampoco puedo contestarles. Depende de su comportamiento.

—Ya. Y usted espera que seamos eficientes, discretos y sensatos, ¿no es eso?

—Pues así es. En realidad, creo que resultan idóneos para esta operación. Acaben su bebida y vámonos.

Ellos así lo hicieron, dócilmente. Dejando el bar, tomaron un taxi que los condujo a un pequeño hotel de segunda categoría, sito en una calle tranquila a espaldas de la avenida de Eduardo Ribeiro y cerca del inmenso teatro Amazonas. Subieron al tercer piso y Machado abrió la puerta del cuarto número 33, dejándoles paso franco con una sonrisa especial y un aviso:

—Aquí está la mercancía que deben transportar.

Tanto Rich como Xanti estaban preparados para casi todo... menos para aquello. Se quedaron totalmente aturridos contemplando a la espléndida mujer que se encontraba dentro de la

habitación y que, a su vez, los examinó con curiosidad trocada lentamente en interés. Ella, por su parte, parecía algo inquieta y preguntóle a Machado:

—¿Quiénes son estos?

—Justo lo que nos hacía falta, Brigitta. Dos tipos realmente duros y endiabladamente agresivos.

Ellos estaban reponiéndose aprisa de su asombro. Xanti hizo una mueca y gruñó, sin quitar ojo a la hermosa mujer:

—Así que «esto» es la «mercancía»...

—No iba a aclarárselo de buenas a primeras. La señorita ha realizado un largo viaje hasta aquí y aún debe completarlo, río arriba. Por eso tiene que hacerse con el máximo de discreción, y también, con el máximo respeto hacia ella. Un error en ese aspecto les costará la vida, amigos; conviene que se hagan cargo desde ahora.

—Nos hacemos —dijo Rich con suavidad. Tampoco, quitaba ojo a la hermosa mujer—. Y no vamos a cometer errores, ¿verdad, Xanti?

—Seguro...

—Excelente. Tomen asiento, por favor.

Lo hicieron. La muchacha volvió a sentarse también, cruzando sus largas y bellas piernas con desenvoltura. Pero estaba muy sobre sí, lo mismo que el plácido Machado. Xanti no perdió su tiempo en circunloquios.

—Será mejor que vayamos al grano. ¿Cuál es la tarea?

—Hay un caserío, con un muelle, río arriba, más o menos a doscientos kilómetros de aquí, frente a la desembocadura del Curiaurau...

—Airao se llama —le cortó Xanti seco. Y Machado asintió con una sonrisa.

—Exacto. Ustedes tendrán que transportar allí a la señorita. Debe llegar antes del mediodía de pasado mañana. Ella tiene que entrevistarse con una persona, durante unos minutos, en ese lugar, y ustedes permanecerán cerca y alerta a que nada le suceda, después la devolverán aquí. Y por eso quedará liquidada nuestra deuda.

Hubo un breve silencio que rompió Rich Rolland.

—Supongo que habrá peligro. Quiero decir algo más serio que la mera posibilidad de una pelea a puñetazos...

—Supone bien. Habrá peligro mortal para ustedes y también para la señorita, desde el mismo momento en que zarpen río arriba hasta el de su regreso. Pero no me parecen hombres para volverse atrás por esa certeza.

Xanti miró a la mujer, que le sostuvo la mirada sin sonreír. Y repuso, pausado:

—Usted nos ha calibrado bien, Machado. No somos tipos de esos...

En aquellos momentos, a muchos centenares de kilómetros de allí, en uno de los departamentos especiales del Ministerio de la Guerra brasileño, en Brasilia, tres hombres se encontraban reunidos en torno a una mesa, sobre la cual había un curioso objeto. Una gorra con visera de plástico.

El demás edad del terceto lucía insignias de coronel, los otros dos eran un paisano y un comandante. El primero llevaba la voz cantante y su tono era reposado.

—Nos fue enviada por correo certificado, desde Manaus. Ya hemos comprobado que no se puede identificar al remitente, fue un desconocido y la dirección que dio no existe.

—Pero, ¿para qué tuvieron que enviarnos esa gorra?

—Quien lo hizo sabía lo que estaba haciendo. La gorra llevaba, oculto entre el forro y la visera, el distintivo que la Asociación Internacional de Pilotos de Aviación Comercial concede a sus miembros con más de diez mil horas de vuelo sin accidentes. Obsérvenlas, lleva dos iniciales.

Se la tendió al paisano, que la examinó y asintió, dándosela al comandante.

—M.C... ¿Cuál es su significado?

—Probablemente el nombre del propietario. Además, había otra cosa, una nota muy breve escrita en un trozo de plástico con tinta china especial. «Encontrada en el Amazonas, a la entrada del Canal do Sul». Fíjense en la gorra. Presenta claramente un agujero. Los expertos ya han dictaminado que, a pesar de los desperfectos generales de la prenda, puede asegurarse que ese agujero lo produjo una bala.

Sus interlocutores parecían muy interesados.

—Entonces...

—Entonces tenemos la posibilidad de que un experto piloto de aviones haya perecido en algún punto de la desembocadura del Amazonas en las últimas semanas, muerto a tiros. No ha habido accidentes aéreos en la zona últimamente, ni hay informes de aviones perdidos de ninguna clase. Y esta gorra agujereada por una bala, esta insignia, esta nota, ese envío postal, apuntan todos hacia la misma diana.

—¿El contrabando de armas?

—Exacto. Vengan.

Se levantó y le imitaron, acercándose a una mesa larga sobre la que veíanse un impresionante arsenal de armas, todas convenientemente rotuladas. El coronel siguió hablando, mientras las indicaba.

—Todas estas armas han sido capturadas por las fuerzas del orden en Ecuador, Perú, Colombia, Venezuela, Bolivia... como pueden ver por las etiquetas. Todas, como también pueden comprobarlo, proceden de los mismos centros de fabricación, tres muy concretos. Son armas para los guerrilleros, pero también para las partidas de facinerosos que en todos esos países limítrofes con el nuestro campan a sus anchas o poco menos. En realidad, más de la mitad de las armas de este tipo que son capturadas lo son a verdaderos bandidos sin ninguna clase de filiación política. Y más aún, ustedes lo saben, dentro de nuestro propio país estamos sufriendo la lacra del bandolerismo en aumento, del terrorismo organizado y fuertemente armado.

Tomando un puntero acercóse a un gran mapa mural del Brasil y apuntó a un lugar del oeste de Manaus.

—Todos nuestros informes coinciden en que puede existir una organización de criminales dedicada al contrabando de armamento y cuya base se encuentra en algún punto de esta región, estratégicamente equidistante de los demás países limítrofes y desde el cual podrían hacerse sin dificultades suministros de armamento a todos ellos por medio de aviones ligeros tripulados por expertos pilotos. Aquí es donde nuestro desconocido informante indica que se encontró esa gorra en el Amazonas. Fíjense ustedes, porque eso indica que debe existir en algún lugar

de la isla de Marajó, o las otras que forma el Amazonas en su delta, un campo de aviación al interior, a ese ignoto centro distribuidor en la zona al oeste de Manaus.

—Eso llevamos tiempo sospechándolo, pero no hemos podido localizar tal campo de aviación.

—¿Y cómo llegan las armas allí?

—Por mar, desde luego. Un barco se acerca a la desembocadura del Amazonas y otro llega a su lado, de noche sin dudas, transborda las armas y después remonta el río hasta un lugar previamente decidido, donde deben ser trasladadas a lanchas o lanchones de poco calado que puedan introducirse en el laberinto de «caños» de la selva y llegar hasta el aeródromo secreto.

El coronel retornó a su mesa de trabajo y los otros le siguieron. El paisano inquirió:

—¿Qué se está haciendo ya sobre eso, coronel?

—Todo lo posible. No podemos anunciar lo que sabemos porque sería tanto como avisar a los contrabandistas y, por otra parte, tenemos las manos atadas en cierto modo, ya que carecemos de pruebas concretas y fehacientes. De ahí que hayamos decidido enviar a esa zona a dos de nuestros mejores agentes secretos, los cuales conocen perfectamente lo que de ellos esperamos y cuál debe ser su actuación. Si tienen suerte, pronto desintegraremos esa organización de contrabandistas de armas. Pero si no...

CAPÍTULO V

EL hombre que había contratado a Rich Rolland y a Xanti Urbietta les acompañó a ellos y a la muchacha al muelle sobre el río Negro.

Manaus es una extraordinaria ciudad. Hace ochenta años apenas si contaba con diez mil habitantes y arrastraba una lánguida existencia, aun siendo ya entonces la metrópoli de Amazonia. Pero la explotación intensiva de los árboles cauchíferos y la concentración en ella de los negocios de toda la cuenca amazónica la hizo crecer de tal manera que en 1920 ya alcanzaba los ochenta mil habitantes. Fue aquella una edad áurea y violenta, que todavía muchos recuerdan con nostalgia. Situada a diecisiete kilómetros aguas arriba de la confluencia del río Negro con el Amazonas, en la orilla izquierda del primero, con un clima cálido, pero saludable, aunque ya dejó de ser la metrópoli del caucho natural, sigue siendo un importante centro comercial, pues por su puerto se exportan no solo caucho, sino nueces de Pará, cacao, paisava, copaiba y toda clase de frutos. Además tiene aserraderos de madera, industria variada, numerosos Bancos y un intenso tráfico marítimo directo con los grandes puertos mundiales. Se alaba de poseer el mayor muelle flotante del mundo, articulado para seguir adecuadamente las fluctuaciones de nivel del río, que en ocasiones alcanza los trece metros de diferencia. La ciudad se ha desplegado sobre las suaves colinas y aún conserva barrios tranquilos en los que reina un ambiente provinciano, con calles que parecen árboles artificiales, pero algunas de sus plazas y calles son de un gusto arquitectónico más que dudoso, con quioscos de extrañas formas y fuentes adornadas con querubines sonrosados. El centro está lleno de

suntuosos y notables edificios alzados en la época de los «reyes del caucho», hay magníficos jardines públicos... Pero también una barriada flotante de casas alzadas sobre burdas balsas en las aguas del río y cabañas palustres a lo largo de la ribera, donde se hacían miles de personas en condiciones infrahumanas de existencia. Y no lejos del muelle flotante, el río Negro ofrece una singular evocación del Extremo Oriente, con todo un barrio flotante acaparado por el comercio. Almacenes, tiendas de todas clases, bares y restaurantes instalados sobre balsas y reunidos por pasarelas, a donde llegan los clientes en piraguas o en las más raras embarcaciones, cubiertas con palmas y muchas veces remolcadas en largas hileras que van disgregándose conforme penetran en el barrio.

Entre el barrio flotante oriental y el muelle tenían Rich y Xanti su lancha. Era una embarcación de relativo gran tamaño y bastante buena apariencia, con una cabina en su centro. Era sin duda excelente para remontar los ríos de la Amazona y había sido construida para el transporte de cargamentos de poco volumen y relativo valor, poseía un potente motor. Los dos amigos hicieron los honores de la misma a sus clientes y pronto Machado se despidió de la joven y de ellos, reiterándoles sus instrucciones.

—No se descuiden ni un solo momento. Convendría que uno de ustedes montara guardia siempre alerta. ¿Tienen armas de fuego?

—Naturalmente. Nadie navega por la Amazonia sin ellas. Y descuide, que sabemos usarlas.

La despedida de Machado de la joven fue sencilla, pero significativa. Un fuerte apretón de manos y pocas palabras en alemán.

Los dos amigos pusieron el motor en marcha y luego desatracaron. Rich tomó el timón y Xanti un bichero con el que separó la lancha del muelle. La joven se había vestido pantalones hombrunos y llevaba una chaqueta de punto sobre la blusa de algodón azul claro, permaneció todo el tiempo atenta a la maniobra. Solo había traído un pequeño maletín con sus cosas. Machado permaneció en el muelle hasta que la lancha comenzó a surcar cada vez más aprisa las negras aguas del anchuroso río y luego, dando media vuelta, se alejó hacia el taxi que les trajera, ordenándole a su conductor que lo condujera al centro de la ciudad.

Media hora más tarde se encontraba en un hermoso y fantástico salón oriental, tomando té con un chino de edad mediana y rostro impenetrable. Parecían muy amigos ellos dos. En realidad, Machado acababa de llegar y el chino estaba terminando de prepararle el té, que había realmente alistado en todos sus ingredientes, y traído, una encantadora joven de su raza poco antes. Machado fumaba plácidamente.

—Mario Costa era como un hermano para mí —estaba diciendo Machado despacio—. Usted lo sabe, combatimos juntos en Corea. Volamos más de cien veces contra el enemigo y en más de una ocasión cada uno de nosotros pudo salvarle al otro la vida.

—Él me habló de eso. En mi país hay un proverbio que afirma: «El peligro hace grandes amistades».

—Y así es. Pero luego nos licenciarnos y cambió todo. Cada cual tomamos rumbos diferentes. Yo me convertí en un piloto aventurero y él se dedicó a la aviación comercial, nos vimos ya muy espaciadamente durante los años que siguieron. Luego me contó que se había casado... y no volví a saber de él.

—También los grandes amigos dejan de verse.

—Sí. Hasta que hace tres meses recibí aquella carta suya, tan extraordinaria... Me decía que viniera a Manaus, me hablaba de usted, asegurándome que era de su absoluta confianza...

—El señor Costa me honró con su amistad, en efecto.

—Por eso vine, me di cuenta de que le hacía falta y estaba en un serio peligro. Pero no he vuelto a saber de él. Y usted tampoco...

—Hace seis semanas que nada sé del señor Costa. Como si la tierra se lo hubiera tragado. Y temo lo peor.

—Yo también. Y su esposa. Por eso ella ha venido a buscarlo.

—Hermosa mujer. Y muy valiente... Confío en que pueda reunirse muy pronto con su esposo y se terminen nuestras aprensiones.

—Dudo que eso ocurra. Y por eso tomé mis precauciones.

—¿Qué precauciones?

Machado había estado bebiendo lentos y pequeños buches del exquisito té, al igual que su anfitrión. La conversación llevábase en tono apacible y amistoso, el chino era, sin duda, hombre de cultura,

carecía de acento su portugués. Pero sí lo tenía el de Machado, aunque ligero. Ahora miró a su interlocutor y dejó la taza ya vacía, disponiéndose a fumar.

—Ni a usted quise decírselo, querido amigo, debe perdonarme, pero he querido tomar las máximas precauciones. Hace menos de una hora que partió río arriba con...

De repente se detuvo e hizo un gesto de ahogo, de angustia y dolor que rápido se convirtió en pánico, consciencia de que algo muy grave le ocurría. Abrió mucho la boca y dilató enormemente la mirada mientras se llevaba ambas manos a la garganta e intentaba ponerse en pie, emitiendo unos gruñidos ahogados por jadeos. La piel del rostro se le volvió verdosa de golpe, miraba al impasible chino de un modo atroz...

Y cayó hacia delante, retorciéndose en violentos espasmos, contra la primorosa mesita de laca y el no menos primoroso servicio de té, que derribó por tierra en sus espasmos antes de quedar siniestramente inmóvil.

Entonces el chino se levantó, lanzándole una mirada de odio y desprecio helados, dio vuelta y abandonó aprisa la habitación.

Minutos después estaba sentado ante una emisora parecida a la que había en la fazenda de Traütloff y manipulaba en ella avisando:

—Nos la jugó, me engañó sacándola anticipadamente de aquí... Va por el río arriba en una lancha, debe ser la de los dos tipos a quienes sacó de la cárcel... Él está muerto ya...

El río Negro, principal afluente por la izquierda del Amazonas, tiene más de dos mil kilómetros de longitud y una enorme cuenca que se extiende por el noroeste del Brasil, parte de Colombia e incluso parte de Venezuela, gracias al curioso Casiquiare, afluente a la vez suyo y del Orinoco. Su caudal es realmente extraordinario y también el color de sus aguas, que parece ser debido a una disolución de carburos de hidrógeno procedentes de detritus. Tan potente es su caudal que mantiene el color aun después de unirse al Amazonas, formando con las aguas del río principal una frontera definida por largo trecho antes de fundirse en ellas. En algunos lugares de su cuenca inferior alcanza anchuras de hasta ocho kilómetros, que aún aumenta en las crecidas. Es navegable hasta los rabiones de Massurabi, a los 66.º de longitud Oeste, y las chalupas pueden recorrerlo hasta el Casiquiare, pasando por este río al

Orinoco. Tiene una fauna riquísima. Caimanes, anacondas serpientes de agua, nutrias, pequeños cachalotes y las terribles pirañas. Aguas arriba de Manaus hay muchas islas en su cauce, algunas de respetable tamaño, que lo dividen en brazos de variable anchura.

Por uno de aquellos avanzaba ahora la lancha de los dos camaradas remontando la negra corriente. La embarcación llevaba solo un par de luces de situación, a proa y popa. Desde ella resultaba imposible distinguir nada, salvo el centelleo de las lejanas estrellas a través de la bruma que se alzaba del gran río.

La mujer hizo una observación a propósito de ello. Xanti salía ahora del interior de la cabina, con un rifle automático en la mano y un cinto de cuero con cartucheras. Esbozó una sonrisa y le contestó:

—Mi amigo y yo conocemos el río, pierda cuidado que no embarrancaremos.

—Eso espero.

Él la contemplaba con vivo interés, pero en la oscuridad ni siquiera su aguda mirada podía advertir la expresión de la mujer.

—Será mejor que vaya a acostarse y procure dormir unas horas. Le he alistado una de las literas y hay un cerrojo por dentro, que puede echar si lo considera oportuno.

—Gracias.

Ella no parecía muy deseosa de conversar. Se introdujo en la cabina y cerró la puerta. Entonces se acercó Xanti a Rich, que manteníase atento al rumbo y también a su conversación.

—¿Qué te parece todo esto? —inquirió a media voz. Era la primera ocasión que tenían para conversar desde que los sacaron de la celda en la comisaría. Rich hizo una mueca y le contestó del mismo modo:

—Igual que a ti. Nos hemos metido de cabeza en el fregado.

—Sí. Pero no del modo como imaginábamos. ¿Quién será ella?

—No es brasileña. Ni tampoco Machado, eso lo puedes apostar. Yo diría que él es norteamericano o inglés y que ella viene de algún país centroeuropeo.

—Con lo cual estamos lo mismo. ¿Por qué Machado tuvo tanto interés en que fuésemos precisamente nosotros, dos perfectos

desconocidos pendencieros, quienes la transportáramos?

—Ya le oíste. Nos vio pelear y sabía que teníamos una buena lancha.

—Demasiado bonito, ¿no te parece?

—Y tanto. Por eso convendrá que te vayas a proa y no te descuides, no vayamos a terminar esta aventura dándole comida a las pirañas.

Xanti asintió con otra mueca y se marchó hacia proa, donde procedió a acomodarse sobre un rollo de cuerda gruesa, con el rifle sobre las rodillas y la mirada escrutadora fija en las negras aguas que la proa de la lancha cortaba poderosamente, enfilando al Norte.

CAPÍTULO VI

LA luz del día halló a los dos amigos remontando un brazo del río Negro de más o menos doscientos metros de anchura, entre dos paredes verdes y en medio de un silencio tranquilizador, remarcado por la algarabía de los pájaros del río.

Al alba, Xanti relevó a Rich en el timón y este fue a proa, pero poco antes de salir el sol tendióse debajo de una lona extendida a la parte de atrás de la cabina, a dormir. Tenían por delante un largo y tedioso día de viaje, durante el cual podía muy bien mantener la vigilancia quien llevara el timón. Ellos sabían aprovechar el tiempo y apenas se hubo tendido cuando ya Rich se dormía.

La joven apareció a media mañana. Se había peinado y arreglado, pero llevaba la misma ropa, salvo la chaqueta de punto, que debió dejar dentro. Miró a Rich dormido y su expresión era reconcentrada, luego caminó hacia la cabina, donde Xanti ya la había oído llegar y contestó a su saludo cortésmente.

—Espero que haya podido dormir.

—Hace mucho calor ahí dentro. Pero dormí algo. ¿Hay novedades?

—Ninguna, por ahora. Todo está muy tranquilo. Si despierta a mi amigo iré a prepararle café y el desayuno.

—Déjele dormir. Yo puedo hacer eso.

—Como guste. Hallará todo lo necesario abajo.

Ella paseó lentamente la mirada por la superficie de aguas oscuras donde rebotaba la luz solar, por el cielo de un intenso, cegador azul, por las verdes orillas lejanas... La lancha iba justo por el lado izquierdo del brazo del río, Xanti le explicó el motivo.

—Aquí la corriente es menos fuerte y así avanzamos más aprisa.

—Creí que era más ancho el río Negro...

—Bueno, este es solo uno de sus muchos brazos, no vamos por la corriente principal. Cuanta menos gente nos tropecemos en nuestro viaje, tanto mejor, ¿no le parece?

—Sí, tiene razón...

Ella no dijo más y fue a preparar el desayuno, mientras Xanti quedaba pensativo...

Probó que era una buena cocinera trayéndoles no solo el café, sino un desayuno caliente y sustancioso. Rich despertó y tuvo cálidos elogios para su habilidad culinaria que no le sacaron la sonrisa. Después de desayunar, le tocó dormir a Xanti y a Rich coger el timón. La joven fue a sentarse sobre un rollo de cordaje y bajo la protección de un toldo a popa, quedando —así lo notó Xanti antes de dormirse— allí abstraída en sus pensamientos.

Dos horas más tarde salieron de aquel brazo del río a la corriente principal, que en aquel punto tal vez tuviera kilómetro y medio de anchura, tal vez más. Bajo el pesado sol del mediodía el río veíase solitario en toda la extensión que la vista alcanzaba. Ni siquiera volaban pájaros en el caliginoso mediodía...

La lancha avanzó cortando la masa de aguas pizarrosas y como tres o cuatro kilómetros más arriba alcanzó la punta meridional de otra de las numerosas islas del cauce. Entonces, Rich abandonó la rama principal para continuar por el canal de unos trescientos metros de anchura entre la isla y la orilla izquierda del río.

Tal vez habrían subido otro kilómetro más, manteniéndose a una distancia de unos treinta a cuarenta metros de la orilla de la isla, tan tupida de vegetación como la misma ribera del río, cuando la joven escuchó, por sobre el ruido sordo y rítmico del motor de la lancha, otro que provenía de la punta meridional de la isla que contorneaban. Y poco después vio asomar, por allí, un punto negro y veloz que se desplazaba sobre las oscuras aguas hacia ellos.

La joven solo se detuvo un par de minutos contemplando el avance rapidísimo de la otra embarcación, con gesto súbitamente alertado. Luego se levantó y corrió a lo largo de la lancha, hasta la cabina del timón.

—Alguien viene a nuestro alcance —anunció con voz tensa.

Rich se la quedó mirando unos instantes, luego soltó el timón, salió y tendió la mirada hacia atrás, apretó el ceño y le pidió:

—Llame a mi amigo.

Xanti despertó como suelen hacerlo los aventureros y solo necesitó dos palabras y el gesto de aviso de la joven. Miró, colocándose sobre los ojos una mano a modo de pantalla, y se puso sombrío, emitiendo una corta interjección. Luego se introdujo aprisa en la cabina y regresó con unos potentes binoculares, que ajustó mientras buscaba centrar la otra embarcación. Entonces soltó un nuevo taco. Rich asomó la cara por el flanco de la cabina del timón e inquirió:

—¿Qué pasa con esos, Xanti?

—Lo peor que podía suceder. Es una lancha rápida, con una ametralladora pesada a proa y tres tipos a bordo.

—¿De veras? ¿Policía fluvial?

—Lo dudo mucho.

—¿Corremos?

—Nos darán alcance de todos modos. Y no podemos arriesgar la vida de la señorita.

Ella les escuchaba mirando también hacia la lancha de finas líneas, una torpedera-patrullera pintada de blanco y azul, que estaba ganándoles terreno rápidamente. Ahora les miró inquieta y recelosa, inquiriendo:

—¿Green que puedan venir por mí?

—Temo que así sea. Y por favor, no se ponga nerviosa ahora o todo se irá al diablo. Escúcheme...

La lancha rápida alcanzó por estribor a la embarcación más pesada diez minutos después. La joven y sus acompañantes podían ver a un hombre detrás de la ametralladora pesada montada a proa y al menos otro, con unos binoculares, detrás. Oyeron el «rat-tat-tatatat» característico de una ráfaga de disparos y los proyectiles alzaron surtidores de agua a diez metros por delante de la proa de su embarcación.

—Es un aviso claro —gruñó Xanti. Ahora tanto él como su amigo aparecían desarmados—. Detén la marcha, Rich.

Así lo hizo Rich y la embarcación aún avanzó unos cuantos metros por el impulso que llevaba, mientras cesaban los ronc

latidos de su motor, antes de detenerse y comenzar a virar a impulsos de la lenta y poderosa corriente.

Entonces la lancha rápida se les abarloó. Había tres hombres a bordo. Uno de ellos era Boris, el ayudante de Traütloff. Tenía colgados los binoculares sobre el pecho y llevaba una pistola al cinto, les habló haciendo campana con sus manos mientras uno de los otros tipos les apuntaba la ametralladora y el tercero con una metralleta ligera, de pie sobre un costado de la embarcación, se disponía a saltar a la lancha abordada.

—¡Vosotros dos, hombres, levantad esas manos y no hagáis nada que pueda perjudicaros!

Obedecieron despacio y Xanti gritó, a su vez:

—¿Qué significa esto? ¿Con qué derecho nos atacan?

—¡Con el derecho del más fuerte! ¿Algo que alegar?

—¡Puestas así las cosas, claro que no!

La torpedera abordó con seco choque a la otra embarcación y el que llevaba la metralleta saltó con agilidad sobre la otra cubierta. El de la ametralladora pesada la hizo girar de modo que apuntaba a los dos amigos. Y Boris añadió, en tono imperativo:

—¡Si sois prudentes nada os pasará! ¡Usted, señorita, sigue viaje con nosotros, venga aquí!

La joven se estremeció, pero no se movió.

—¿Por qué tengo que obedecerles? ¿Quiénes son ustedes, qué me quieren hacer?

—¡Nada malo si se comporta sensatamente! ¡De lo contrario liquidaremos a esos dos y usted tampoco lo pasará muy bien! ¡Vamos, acérquese!

Ella pareció vacilar. Luego hizo mención de obedecer, con un gesto de impotencia...

Las dos embarcaciones derivaban despacio hacia el centro de la corriente ahora. El tipo de la metralleta se acercó a los dos amigos con claras intenciones de cachearlos, les ordenó volverse de espalda y ellos así lo hicieron, bajo la amenaza también de la ametralladora pesada. La joven, por su parte, vaciló al borde de la embarcación, como si temiera saltar a la otra. Boris se le acercó y le tendió la mano, pero ella vaciló y, al tenderle las suyas, le indicó, con tal gesto, que estaba demasiado nerviosa y asustada. Entonces Boris

esbozó una sonrisa confiada y le tendió sus manos...

Todo sucedió entonces rapidísimamente. Apenas la joven hubo asido las manos de Boris cuando, en inesperado enérgico tirón, le hizo perder el equilibrio y venírsele encima, al tiempo que ella se inclinaba hasta casi poner una rodilla en tierra. La exclamación de sobresalto de Boris motivó que sus compinches miraran hacia él...

En el mismo instante, Rich giró y disparó su mano izquierda en rapidísimo y certero golpe que cogió en falso al de la metralleta, aturdiéndolo y haciéndole gritar. Xanti, a su vez, giró también, mas para dar dos saltos felinos y caer sobre el sorprendido e indignado Boris, que estaba tratando de recuperar el equilibrio, y atizarle un tremendo puñetazo que le devolvió a su propia lancha de espaldas, haciéndole chocar contra la cabina.

El que manejaba la ametralladora pesada se encontró de repente con que no podía disparar contra Rich, a la sazón enzarzado con el de la metralleta y colocándose de escudo, ni contra Xanti, que tras golpear a Boris había saltado como un tigre a la torpedera, quedando por tanto fuera de línea. En cuanto a la muchacha, estaba de rodillas sobre la borda, jadeando fuerte.

Boris era un tipo duro de veras y reaccionó aprisa, pero no tanto que pudiera contener a Xanti, el cual le cayó encima pegándole con ambas manos sañudamente. Por su parte, el que había manejado la ametralladora la dejó por inútil y echó mano a su propio revólver, buscando meterle una bala a Xanti. Iba a dispararle, en efecto, cuando la muchacha gritó, avisándole, y a la vez lanzó una pieza de madera, bastante grande y pesada, que había sobre cubierta al tipo, acertándole en el hombro y haciéndole marrar el disparo, por poco.

Xanti sintió pasarle rozando la bala y el grito de la joven. Golpeó de nuevo a Boris, lanzándolo hacia atrás. Y al retroceder así, Boris chocó con su codo derecho contra la palanquilla de ignición del motor de la torpedera, que se disparó súbitamente con un rugido del motor hacia delante, saltando sobre el agua.

El tipo que le había disparado a Xanti fue tomado por sorpresa en el momento que se disponía a mejorar su puntería, perdió el equilibrio, y cayó de espaldas, gritando. Xanti saltó hacia él agarrándose con agilidad simiesca a donde pudo para no ir a parar al agua, llegó a la parte de proa cuando ya el otro se enderezaba, agarrado con una mano a la ametralladora y alzando la pistola

hacia él, alzó el pie izquierdo y le pegó un salvaje puntapié que lo alcanzó de lleno en la barbilla, haciéndole aullar.

El ajetreo del combate, y el ir disparada sin dirección, hizo que la lancha escorara de pronto a estribor, ya a más de cincuenta metros de la embarcación donde Rich y el otro pirata bregaban duro por la posesión de la metralleta. El tipo al que Xanti acababa de patear se soltó de la ametralladora pesada y se deslizó implacablemente hacia atrás, saliendo de espaldas por la borda con un nuevo grito, de pánico ahora.

El propio Xanti estuvo en un tris de seguirle. Le vio caer al agua con fuerte chapoteo y ya no se ocupó más de él. Sí miró hacia atrás y fue para descubrir a Boris que, con una mueca de rabia feroz, se agarraba con una mano a la esquina de la cabina y con la otra se disponía a descerrajarle un par de tiros a bocajarro.

Más rápido que él, Xanti se cobijó al amparo de la cabina y el disparo falló. La canoa, sin mando ni control, giraba ahora locamente por el centro del ancho brazo del río, a cosa de cien metros de distancia de la otra embarcación, que también marchaba a la deriva.

En ella, Rich estaba riñendo desesperada lucha a muerte contra el tercer pirata, que ponía a contribución todas sus energías, mientras la joven, reponiéndose sorprendentemente aprisa, buscaba, ansiosa, una oportunidad para ayudarlo.

Como suele suceder en tales casos, su ayuda resultó contraproducente por exceso de nervios, pues al descargar sobre el pirata un fuerte golpe con un madero que había cogido lo hizo una fracción de segundo demasiado tarde y fue a pegarle a Rich de refilón, aturdiéndolo. El pirata se aprovechó de su suerte para desasirse con un violento tirón, quedándose con la metralleta y enviando a tierra a Rich, casi sentado contra la pared de la cabina, mientras la joven quedaba como paralizada por las consecuencias de su fallo. Un instante después el pirata, con una mueca feroz, alzaba la metralleta y buscaba el gatillo, para acribillar a Rich a quemarropa.

Este vio la muerte demasiado cerca y en el mismo instante su mano derecha asió algo que había en cubierta junto a él; algo que instintivamente supo lo que era. Con una sucesión de rapidísimos movimientos, reflejos que poco tenían que ver con su aturdimiento

cerebral alzó el corto bichero de afilada punta de acero y lo lanzó con ímpetu.

A tan corta distancia no podía fallar y no falló. El bichero se clavó en el estómago del pirata casi un palmo, hasta la curva del gancho. El herido emitió un grito escalofriante, se estremeció y cayó hacia adelante, apretando espasmódicamente el gatillo de la metralleta. Rich apenas si tuvo tiempo para tirarse de cabeza por la escotilla abierta de la cabina antes de que el reguero de proyectiles lo alcanzara. Cayó de espaldas, golpeándose malamente, y fue milagro que no se desnucase.

Mientras, el pirata caía de rodillas con una mueca agónica, soltaba instintivamente el arma y se agarraba con ambas manos al astil del bichero, para sacarlo de su cuerpo. Pero el dolor que debía sentir era sin duda esperando ver muerto a Rich Rolland. Pero suspiró con inmenso alivio cuando le vio incorporarse allí dentro, gruñendo y haciendo muecas de dolor. Él, por su parte, la vio aparecer en el hueco de la entrada e inquirió.

—¿Y ese tipo?

—Creo que lo mató. ¿Estás herido?

—Me parece que no. Solo muy golpeado, maldita sea. Por poco el tipo me liquida; gracias a su ayuda.

—Lo siento mucho. Quise darle a él...

—Eso supongo.

Rich retornó a cubierta y miró al pirata caído sobre su propia sangre, haciendo una expresiva mueca.

—No creo que nos dé ya mucha guerra. De todas formas vigílelo.

—¿Qué va a hacer?

Él le señaló la torpedera que giraba locamente a cierta distancia.

—Mi amigo está allí, voy a echarle una mano.

Corrió a la cabina, sacudiendo la cabeza para despejársela, puso en marcha el motor y encaminó la lancha hacia la otra embarcación.

Allí, Xanti estaba jugando al escondite con Boris. Este llevaba una pistola y él no, tan solo la pequeña garita de la cabina les separaba e impedía que el pirata le disparase. En realidad, por dos

veces lo hizo a través de los paneles, pero eran de madera contrachapeada y los proyectiles perdían casi toda su fuerza en el vacío del interior tras pasar el primer mamparo. De todos modos resultaba de lo más incómoda la situación para Xanti, que la resolvió con una acción audaz. En un momento dado saltó sobre el techo de la cabina ágilmente y de él encima de Boris cuando ya este, alertado por su primer salto, se revolvía disparándole a bocajarro.

Falló y el proyectil solo rasgó el costado izquierdo de Xanti con una dolorosa quemazón. Los dos hombres cayeron enzarzados y Boris perdió su arma al caer sobre cubierta.

Rich condujo su embarcación a toda velocidad, pero resultaba de lo más difícil acercarse a la torpedera no solo por su mayor rapidez sino por lo alocado de sus giros. Finalmente, se decidió por jugárselo todo a una carta.

—¡Agárrese bien! —le gritó a la joven—. ¡Voy a abordar la lancha!

Ella le oyó y se apresuró a obedecerle. Rich, con la boca apretada, enfiló a la otra embarcación que ahora venía sesgando de proa a cortarles el rumbo y donde, de pie, sosteniéndose como podían en difícilísimo equilibrio, Xanti y Boris intercambiaban salvajes puñetazos, agarrados al tiempo.

—¡Ahí voy, Xanti! ¡Suéltate!

Xanti oyó el aviso de su amigo y el rugido de la embarcación, la vio venir a toda máquina. Boris también lo oyó.

Pero diez segundos escasos más tarde, la dura proa de la lancha pesada golpeaba de costado a la más ligera con violencia, justo en el momento que esta pasábale por delante; y la pasó por ojo.

El choque fue tremendo. Rich, asido al timón y con ambas piernas abiertas, pudo resistirlo bien, pero la joven, aun avisada y fuertemente asida a su vez a un saliente de la cabina, gritó al golpearse contra ella y perdió el equilibrio. El pirata arponeado se deslizó sobre cubierta y fue a parar a las oscuras aguas del río cuando la lancha se alzó de proa, escorando fuertemente a estribor.

Los dos que peleaban sañudamente sobre la torpedera fueron proyectados al agua también, como por una catapulta, cuando aquella embarcación, entre fuertes y amenazantes crujidos, se volcó y abrió, encallada en la proa de la que acababa de abordarla.

Rich dio instantáneamente marcha atrás y puso toda su fuerza a contribución para dominar el timón. La lancha pesada retrocedió, zafándose del mortal abrazo con la otra tres o cuatro metros. Tenía la proa desmantelada y medio desencuadrada, pero no se habían abierto verdaderas vías de agua gracias a la reciedumbre de la roda. De inmediato, Rich detuvo a la embarcación casi por completo, haciéndola virar.

La torpedera, embarcando agua a borbotones por la gran brecha abierta en el abordaje, continuaba girando locamente en medio de un remolino de aguas negras. Xanti nadaba ya vigorosamente hacia su propia embarcación y lo mismo hacía Boris, por idéntica razón. En la orillas del brazo de agua una docena de grandes caimanes habíanse tirado a la corriente y venían nadando a toda velocidad. Pero además, estaban otras fieras mucho más diminutas e implacables, las pirañas.

La sangre del hombre arponeado ya se estaba diluyendo en el agua del río y los feroces pececillos todos dientes y estómago la iban a percibir a gran distancia. Como un cardumen de ellos llegara a tiempo, a los dos que nadaban esperábales una muerte de lo más horrible.

Xanti lo sabía y por eso nadó con todo vigor, recorriendo aprisa la veintena de metros que le separaban de su propia embarcación, que ya venía a su encuentro. Desde la cabina, Rich le ordenó a la mujer:

—¡Pronto, échele un cabo bien asegurado!

Ella se había repuesto del golpe y volvió a demostrar iniciativa. Corrió a tomar una de las gruesas maromas que, atadas a la borda, servían para sujetar a la lancha en los ataques, y con un esfuerzo la echó al agua, hacia Xanti. Este braceó enérgicamente y la asió, ayudándose con ella, llegó al costado de la embarcación y se izó aprisa, ayudado por el aterrado aviso de la mujer:

—¡Corra, un cocodrilo!

En efecto, no uno, sino dos de los enormes monstruos estaban ya a solo diez metros de distancia, avanzando como torpedos a flor de agua. Xanti aceleró su trepar y al llegar a cubierta se volvió con un bufido expresivo a mirarles.

—¡Demonios, por poco me atrapan!

Luego miró hacia donde nadaba Boris.

Este había intentado también ganar la lancha de sus enemigos, pero no le fue posible por varias circunstancias y, ahora, veíase con la ruta cortada por los dos cocodrilos. Dándose cuenta de su muy comprometida situación se desvió en desesperadas brazadas y nadó hacia la zozobran te torpedera, que al fin había visto parado su motor y se encontraba, con el agua ya a la borda, a cosa de veinte metros de la barcaza y comenzando a derivar muy despacio. Le vieron llegar a la embarcación y Xanti gruñó:

—Ese tipo quiere morir matando. ¡Rich, vira a babor!

—¿Le dejaremos morir así? —inquirió la joven, nerviosa, ganándose una mirada expresiva.

—Quiero atrapar lo vivo, si es posible. Pero él pretende llegar a la ametralladora y cosernos a balazos, o mucho me engaño.

Era en parte el proyecto de Boris. Llegar a la ametralladora pesada, ametrallar a los dos hombres y, entonces, tratar de alcanzar de algún modo la otra embarcación, tras alejar a balazos a los caimanes, salvándose él.

Pero su destino estalla sellado. Uno de los caimanes se había lanzado raud o en su persecución y lo alcanzó justo cuando se asía a los restos de la torpedera. Los dos amigos y la mujer vieron la escena; ella como fascinada mientras Rich hacía virar su embarcación para desenfilarse antes de que Boris pudiera salirse con la suya.

—¡No mire ahora! —ordenó Xanti a la joven. Y ella se volvió de espaldas, justo cuando de la garganta de Boris salía un alarido inhumano.

CAPÍTULO VII

VEINTICUATRO horas después, la lancha de los dos amigos enfilaba hacia el semiderruido y abandonado embarcadero que había a corta distancia de la pequeña población de Airao, en la margen derecha del río Negro. En realidad, no se distinguía la población a través de la bruma caliginosa del mediodía y el embarcadero apenas si resultaba visible fuera del muro de la selva.

Muchos años atrás por aquel embarcadero había salido una importante exportación de caucho. Ahora estaban agotados y perdidos los cauchales, solo de tarde en tarde un lanchón llegaba allí a cargar frutas o maderas. La propia Airao, que llegó a tener más de dos mil habitantes, solo contaba con unos setecientos. Y la selva había vuelto a conquistar su dominio.

Solo parecía haber algunos pájaros por allí. Rich arrimó la lancha con cuidado a los carcomidos pilares y Xanti saltó al muelle, procediendo a amarrar un par de cabos a los pilotes. Luego retornó a la embarcación. Ahora ambos iban armados con revólveres y Rich tomó la metralleta del pirata al que arponeara. En cuanto a la muchacha, parecía llena de tensión.

—Bien, señorita, aquí estamos. Usted dirá qué debemos hacer.

—Tienes que esperar aquí. La persona con la que debo entrevistarme llegará en cualquier momento.

—Puede que ya esté acechándonos. O que haya otros menos amistosos en la espesura. ¿No lo pensó?

—No quiero ni pensarlo. Voy allí.

Ella saltó al embarcadero con agilidad y se alejó, una grácil figura, por encima de los corroídos maderos hasta el arranque del

embarcadero. Los dos amigos cambiaron una mirada, Rich hizo una mueca. Luego se dispusieron a esperar, bien vigilantes y desconfiados.

Una hora más tarde todo seguía igual. Allí delante la joven daba claras muestras de nerviosismo. Rich le habló a su amigo:

—Vale más que le digas que vuelva y nos marchemos. Hace más de una hora que esperamos y recelo que la persona a quien vino a buscar no llegará.

—Yo también. Esto me huele a trampa y tanto silencio comienza a ponerme nervioso. Vigila, voy a hablar con ella.

La mujer le vio llegar con una expresión atormentada. Él le habló pausado, persuasivo:

—Me parece que su amigo no va a venir, señorita. Y será mejor que nos marchemos, esto puede ponerse feo.

Ella denegó con la cabeza y la voz, nerviosa.

—Oh, no, tengo que esperar. No entiendo este retraso, todo fue tan bien planeado...

Xanti se puso firme.

—Escuche, señorita. Mi amigo y yo no queremos meternos en lo que no nos importa. Pero después de lo sucedido ayer me parece que no debe fiarse mucho de planes y preparativos. Tememos que alguien tenga gran interés en apoderarse de usted y no se nos hizo responsables de su seguridad, así que regresaremos a Manaus.

Ella le miró acongojada.

—Pero no puede hacer eso. Vine a... Es preciso esperar:

—Es insensato. Lo que debe hacer es regresar y contarle a su amigo Machado lo ocurrido. Ya ve que nadie acude a la cita.

Ella parecía tremendamente desconsolada, impotente, ahora. Daba pena su expresión.

—Dios mío, no puede ser, tiene que venir, prometió...

—¿Conoce a esa persona, señorita?

—Claro que sí. Es... es mi marido.

Xanti se sobresaltó.

—¿Su marido?

Ella asintió con la misma expresión desamparada.

—Hace muchos... años que no le veo. En realidad es una larga historia. Y no sé si contársela.

—Bueno yo diría que, al punto que han llegado las cosas, no va a tener otro remedio. Usted ya sospecha que puede haberle sucedido algo, ¿no es verdad?

La joven se estaba retorciendo las manos. Asintió:

—Sí... Si él no ha acudido a la cita es porque... porque lo apresaron o... está muerto...

Hubo una breve pausa. Xanti le puso una de sus fuertes manos sobre el hombro delgado y trémulo en gesto compasivo, pero ella no le miró.

—Tal vez solo lo primero. Recuerde que querían llevársela. Y bien, creo que debemos retornar a la lancha y allí nos contará su historia, mientras aguardamos un poco más, pero listos para salir huyendo al menor síntoma de peligro. Con lo de ayer ya tuvimos bastante, ¿no cree?

Ella asintió y se dejó conducir dócilmente de retorno a la embarcación. Una vez allí, aceptó un cigarrillo y se sentó sobre un rollo de cuerdas con desmayada expresión, fumando en silencio mientras los dos amigos la contemplaban atentamente, sin por ello descuidar la vigilancia del río y la orilla. Finalmente, ella habló.

—Me casé con él hace cinco años. Era piloto de una línea aérea y una magnífica persona, había combatido en Corea. Yo... Bueno, yo soy alemana, de Baviera, era muy joven entonces y... estaba sola, necesitaba desesperadamente cariño y ayuda, él me los dio... Durante cerca de dos años todo fue bien, al menos no hubo razones... Él siempre estaba volando de un lado para otro, claro... Pero se comportaba inmejorablemente conmigo. Luego, un día, me dijo que iba a cambiar de trabajo, que pensaba ganar mucho dinero. Pero no quiso decirme de qué se trataba, me pidió que no comentara con nadie el asunto... y se marchó. De eso hace tres años.

—¿Y no ha vuelto a verle?

—No. Escribía con regularidad, eso sí, todos los meses me mandaba dinero, más que suficiente. Pero eso era todo. Sus cartas, cariñosísimas, jamás mencionaban la índole de su trabajo. A lo sumo alguna alusión vaga a que pronto volvería a reunirse conmigo, a que esperaba tener mucha suerte. Y luego, hace cuatro meses, llegó aquella otra, tan distinta...

—¿Distinta?

—Del todo. Al leerla comprendí que se había metido en un lío gordo, en algo muy peligroso. Tampoco era explícita, pero su tono general... Me decía que estaba a punto de conseguir el éxito soñado, que pronto seríamos muy ricos, pero que también podían torcérsela las cosas. Y por si así fuera me daba ciertas instrucciones. Por ejemplo, debía buscar a Machado... que no se llama así en realidad, había sido camarada suyo en Corea y ahora residía aquí, en el Brasil. Él ya estaba al tanto de las cosas y me ayudaría. Lo repitió varias veces en su carta, la última que recibí. Debía ser muy discreta, seguir al pie de la letra sus instrucciones, venir al Brasil y ponerme en contacto con Machado.

—Y eso es lo que usted hizo, naturalmente.

—Sí. Vine al Brasil, a Bahía, exactamente. Machado ya me estaba esperando, le avisé con un cablegrama de acuerdo con las instrucciones de mi marido. Se mostró desde un principio amable y comprensivo. Mi marido, me dijo, había desaparecido hacía semanas, no tenía la menor idea de dónde se pudiera encontrar, pero sí instrucciones que deberíamos seguir al pie de la letra, porque él, mi marido, se las transmitió para el caso de su desaparición. Yo tenía que venir aquí precisamente, sin levantar sospechas. Mi marido estaría esperándome, y me revelaría de qué se trataba.

Calló y suspiró con desaliento. Los dos amigos cambiaron una mirada y Rich inquirió, suave:

—Así que su esposo es piloto civil... y fue un «as» militar...

—Sí. Se llama Mario Costa y es portorriqueño, pero al parecer estaba utilizando otro nombre últimamente. Él... es un excelente piloto, con muchos miles de horas de vuelo sin accidentes. Y yo temo que se haya mezclado en algo tremendo.

—¿Puedo hacerle una pregunta delicada, señora Costa? —dijo Xanti con suavidad. Ella se sobresaltó, pero le sostuvo la mirada, interrogativa.

—¿De qué se trata?

—¿Tiene... hijos?

La joven denegó.

—No, no tenemos.

—Pero usted ha volado desde Europa hasta la selva brasileña,

casi segura de correr graves riesgos, para reunirse con su marido, al que no ve desde hace tres años. ¿Significa eso que lo ama tanto? Perdóneme, pero me gustaría que no malinterpretara mi pregunta y también que fuera sincera en su respuesta.

Ella pareció sopesar cuidadosamente sus palabras y algo ensombreció su rostro, la luminosidad de sus ojos. Finalmente, contestó:

—Veo que lo han sospechado. No, yo no amo tanto a mi marido. En realidad nunca estuve realmente enamorada, solo agradecida y... Tenía que venir, correr todos los riesgos, por lealtad, porque fue siempre bueno conmigo. Para decirle que no le amo, que deseo recuperar mi libertad, ¿comprenden? Vine solo por eso y ahora... ahora temo que sea demasiado tarde...

CAPÍTULO VIII

ERA mediada la tarde cuando la lancha de los dos amigos, con la muchacha que llevaban de pasajera, atracó al muelle de Manaus. Los tres la abandonaron inmediatamente y, alejáronse por el muelle adelante hacia la ciudad.

Con todo y lo muy sobre sí que iban, no vieron al chino, por otra parte insignificante, que, como uno de tantos merodeadores de los muelles había estado vigilando su llegada y posterior marcha a la ciudad. El tal se apresuró a correr al interior de uno de los bares del puerto y, una vez allí, realizó una apresurada llamada telefónica que fue recibida por el otro chino, aquel que envenenara noches antes a Machado.

Ahora, los dos amigos escoltaron a la joven precisamente al hotel donde la habían conocido. El empleado del mostrador les miró llegar con gesto inexpresivo. La esposa de Costa lo interpeló:

—Estuve alojada aquí hace unos días. ¿Quiere darme la llave del 33? Sigo teniendo pagado ese cuarto.

—Sí, señorita. —El empleado buscó en el casillero y le entregó la llave.

No parecía intrigado o cosa así. Ella insistió:

—¿Está en la suya el señor Machado?

—Me parece que no. Salió la misma noche que usted y no ha regresado todavía.

La joven se sobresaltó y cambió con Xanti una mirada. Pero ya no hablaron más y subieron al piso tercero. No cambiaron palabra hasta verse dentro del mismo.

—De modo que también Machado ha desaparecido.

—Puede... puede que haya tenido que hacer cosas; me dijo que debía tomar precauciones y moverse bastante.

—Sí, es muy posible —ya estaban, tanto Xanti como Rich, registrando el cuarto. El segundo echó una ojeada al exterior por la ventana entreabierta, no distinguió nada sospechoso y siguió adelante con su búsqueda—. Pero no me gusta.

—¿Green... que haya podido ocurrirle algo?

—Cabe en lo posible. Sabemos que alguien nos salió al encuentro en mitad del río el otro día y que pensaban secuestrarla, que eran gente peligrosa de veras. Alguien tuvo que contarles con quién y hacia dónde efectuaba usted el viaje.

—¡Pero él... él es mi amigo, de mi marido...!

—Aceptado. Hay muchas formas de hacer hablar a un hombre. Y creo que lo mejor será dar parte de todo a la policía, que ellos tomen las medidas pertinentes.

Xanti lo había dicho y fue a tomar el teléfono. Pero la mujer se lo impidió en inesperado arranque.

—¡No, a la policía, no!

La miraron como extrañados, con fijeza. Xanti inquirió, pausado:

—Escuche, señora Costa. Su marido puede haber muerto, Machado también. A nosotros nos atacaron y debimos matar a tres hombres. Todo eso es muy serio, cosa para la policía.

Ella, ahora, parecía estar muy alterada.

—No, por favor, no la llamen, se lo suplico. Nada sabemos aún. Y aquellos hombres... Se los comieron los cocodrilos.

—Cierto. Pero tendrán amigos muy interesados en conocer lo que les sucedió y, también, sin duda, en vengarlos. Nosotros aceptamos llevarla a aquel embarcadero y protegerla, mientras Machado no aparezca no termina nuestra responsabilidad. Pero también estimamos nuestra piel en lo que vale, compréndalo. Y no nos gustaría acabar con un cuchillo entre los hombros o una bala en la nuca, en cualquier sucio callejón.

Ella pareció vacilar. Luego decidirse.

—De acuerdo, háganlo. Pero no antes de que me marche.

Volvieron a mirarse los amigos.

—¿Marcharse? ¿Sola?

—¿A dónde? ¿Y por qué?

Ella respiró profundamente, sombría y agitada. Después...

—Me han ayudado mucho, fío en ustedes, sé que no me perjudicarán.

—Eso seguro, por descontado.

—¿Qué le ocurre, señora Costa? ¿Por qué no quiere que comuniquemos lo que sucede a la policía?

—Porque... Porque soy una fugitiva de presidio.

Quedó un silencio hondo, incrédulo en ellos, dramático en la joven. Rich silbó quedo, mientras Xanti parecía aturdido.

En la habitación aledaña, desde que ellos entraron, el chino que asesinara noches antes a Machado se encontraba, acompañado por otro hombre, este blanco, escuchando toda la conversación con un «chivato» electrónico en miniatura. Y ambos cambiaron también una mirada.

—¿Usted una fugitiva de presidio? No lo puedo creer.

—Bueno. Será una cosa ligera.

—Cadena perpetua.

Rich volvió a silbar. Xanti se mostró ceñudo.

—Eso es muy grave, señora Costa, ¿se da cuenta? A nadie dan cadena perpetua por una fruslería.

—A mí me condenaron por espionaje.

Los dos amigos cambiaron una nueva mirada. Luego, Rich sacó tabaco y Xanti hizo una mueca pensativa, ambos sin quitar ojo a la mujer que, a su vez, les miraba con intensa angustia.

—¿Quiere explicamos eso, señora Costa? ¿Hay que pensar que usted nos ha estado mintiendo?

—En cierto modo, sí. Compréndalo, yo no podía confiarme del todo y... Soy inocente, deben creerme, se lo, juro. El delito lo cometió otra persona, la que más odio en el mundo, mi marido.

—¿Y la acusaron a usted?

—Sí. Ya se lo dije, yo era demasiado joven, estaba sola, sin familia, necesitaba de comprensión, cariño... Él se me acercó y me embaucó hábilmente, le creí sincero, un hombre honrado y digno de mi amor. Pero solo me buscó para sus planes, aunque en todo momento se comportó como un gentil caballero andante y llegué a considerarme dichosa con su amor, con ser su esposa.

Sentóse y ocultó la cara con las manos. Ellos la dejaron tomarse tiempo, sin quitarle ojo. Luego alzó la cara y añadió:

—Fui feliz seis meses. Después vino a casa la policía. Yo esperaba un hijo. Eran agentes secretos, encontraron en un escondrijo documentación altamente secreta robada de un centro de experimentación de armas especiales. Me detuvieron, me encerraron, me acosaron a preguntas, utilizaron todos los medios modernos para hacerme confesar. De nada me sirvió jurar mi inocencia, porque no podía probarla, mi esposo había desaparecido. Sufrí interrogatorios continuos y espantosos, enfermé, perdí a mi hijo, casi me volví loca... Luego me condenaron a diez años de presidio por espionaje.

—Pero escapó.

—Oficialmente, sí. En realidad se ha tratado de un arreglo. Hace unos meses mi marido parece ser que se puso en contacto con las autoridades alemanas, ofreciéndoles cierta documentación secreta e información sobre unos antiguos nazis aún muy buscados, a cambio de que me libertaran y se sobreseyera la causa contra él. Eso, al menos, me dijeron. De modo que se preparó mi «fuga» cuidadosamente y abandoné el presidio para trasladarme aquí, al Brasil.

—A encontrarse con su marido.

—Así es. El señor Machado no se llama así, es un agente de la CIA norteamericana y actúa de enlace en este asunto. Por eso si ahora ustedes se comunican con la policía brasileña todo se irá al traste, ¿se dan cuenta?

Los dos amigos parecían muy incómodos ahora.

—Nos la damos de que se nos ha metido en un bonito fregado sin comerlo ni beberlo, señora —dijo Xanti.

Ella asintió:

—Lo comprendo. Y pueden dejarlo ahora mismo. De todos modos yo he de estarles muy agradecida.

—Sí, claro. Permítame otra pregunta. Supongo que usted debería actuar a modo de enlace entre su marido y los agentes secretos alemanes y norteamericanos.

—Eso se espera. Además de Machado hay aquí, en Manaus, otro hombre que sirvió de enlace o algo así.

—¿Le conoce?

—No. Solo sé que es chino y se llama Tai Wong. Machado me lo dijo.

—Pero, naturalmente, puede no ser chino ni llamarse Tai Wong. Mire, señora, no nos gusta nada este asunto, la verdad. Y si no le importa, vamos a dejarlo ahora mismo. Mi amigo y yo somos bastante pendencieros nos agrada una pelea de vez en cuando y no puede decirse que tengamos demasiados escrúpulos moralistas, pero... el espionaje internacional resulta demasiado fuerte para nuestros estómagos, de modo que para nosotros se acabó.

—No se lo reprocho. Yo lo dejaría si pudiera, pero no puedo. ¿No dirán nada a las autoridades brasileñas?

—Por nosotros este negocio ha terminado, puede decírselo a Machado así. Y ahora, señora Costa... buena suerte para usted.

—Muchas gracias.

Ella parecía muy aliviada por su decisión. Sostuvo la puerta abierta mientras los dos amigos caminaban por el solitario pasillo hacia la escalera y los despidió con un gesto de la mano cuando ellos se volvieron a saludarla. Luego cerró y se volvió.

El acompañante de Tai Wong estaba en aquel momento alistando una jeringuilla hipodérmica en la habitación aledaña, mientras el propio Tai Wong manipulaba con una excelente pistola a la que acopló un silenciador. Los dos abandonaron la habitación tranquilamente y, mientras el chino permanecía alerta en el vacío pasillo, el otro acercóse a la puerta del cuarto ocupado por la joven y la abrió sin grandes dificultades.

La mujer se había desvestido despacio, con una expresión reconcentrada y pensativa, para irse después a la ducha, que abrió, colocándose debajo de ella. No oyó entrar a los dos intrusos y nada sospechó hasta que el chino separó las cortinas de plástico con un seco tirón. Entonces volvióse sobresaltada y emitió un grito que cortó a medias el otro individuo tapándole la boca con una mano y tirando de ella hacia sí.

La joven estaba inerte. Apenas si pudo bregar de modo desesperado durante quince segundos, el tiempo que necesitó Tai Wong para sujetarle un brazo y clavarle en el hueco del codo la jeringuilla hipodérmica, inyectándole el líquido de su interior. Los ojos de ella expresaban espanto, se retorció su bello cuerpo mojado

y desnudo con desesperación, pero de repente se aquietó, cerrándose sus ojos y quedó laxa en brazos de su otro atacante.

—Vamos, aprisa —ordenó Tai Wong—. Hay que vestirla.

La cogió por las piernas y fueron a tirarla sobre el lecho, pero a medio camino el chino cambió de idea y la depositaron en la alfombrilla de palma a los pies del mismo. Luego Tai Wong se arrodilló y procedió a vestirla velozmente con las prendas que su compañero le entregaba.

CAPÍTULO IX

LOS dos amigos se detuvieron delante mismo de la puerta del hotel, como a encender sendos cigarrillos mientras contemplaban apaciblemente el tráfico callejero.

—¿Te creíste su historia?

—La mitad de la mitad.

—Igual que yo. Pero no caben dudas de que nos encontramos en la buena pista.

—Eso sí. Y ella es, sin duda, la clave de todo.

—¿Por qué la dejamos sola, entonces?

—Porque debemos estar siendo ahora muy vigilados y ella, a no dudarlo, lo está. Ya notaste su prisa por deshacerse de nosotros. Se sabe en peligro, pero nos ha creído un simple par de aventureros de segunda clase y no le interesa que sigamos metiendo nuestras narices en esto.

—Yo creo que te engañas. No nos hubiera contado tanto.

—Nos dijo lo justo para asustarnos y que no fuésemos con la historia a la policía. Y ahora esperará a Machado para que él le aclare la situación ya que está asustada y preocupada.

—Su marido era, sin duda, el piloto desaparecido hace semanas en la embocadura del Amazonas...

—Seguro. Y sin duda intentó conseguirse los datos sobre la actuación de esa banda de contrabandistas, fallando en el intento. Por eso no acudió a la cita.

—¡Hum! Antiguos nazis mezclados en el juego. Encaja, ¿no crees?

—Demasiado bien. Espionaje y tráfico de armas, fomento de revoluciones, bandidaje... todo eso se les ha dado siempre como seda a esos tipos. Sabemos de dónde proceden esas armas. Cuidado, creo que va a comenzar una fiesta.

Los dos hombres que venían en su dirección aparentemente nada tenía de raro o inquietante, eran dos tipos como tantos. Pero un sexto sentido y algo más, puso en guardia a ambos agentes especiales.

—Estaban la otra noche en casa de Salgueiro, y pegaban duro...

—Exacto. Puede que deseen la revancha.

Aquellos dos los miraban con fijeza. Y por estar atentos a ellos, los agentes no advirtieron al tipo que vino por la parte opuesta con pasos rápidos, saliendo por detrás de un puesto de periódicos. Aquel tipo alargó la mano derecha y pegó algo muy duro y ominoso en los riñones de Rich Rolland.

—Tranquilos, amigos. No querréis morir ahora...

Dándose cuenta de la trampa, los dos amigos cambiaron una rápida mirada. Los otros que llegaban por su frente ya los tenían encima y ambos habían metido las manos al bolsillo de sus respectivas chaquetas. Ahora tenían expresiones decididas, homicidas...

Rich se volvió a mirar al que le estaba pegando su pistola a los riñones, oculta por lo que parecía un paquete de ropa, y le sonrió.

—Caramba, por lo visto esto es un atraco en toda regla...

—Cierre el pico. Y obedezcan o lo van a pasar mal.

Ya estaban los otros dos junto a ellos. El más alto y fuerte, un verdadero gorila que llevaba un largo esparadrapo a un lado del cráneo, donde le abrió una brecha noches atrás Xanti de un silletazo, gruñó, mirándole con odio:

—Esta vez os habéis caído, asquerosos, puercos...

—Eso parece. Y que te duele aún el golpe que te aticé —le contestó Xanti con frialdad burlona. Pareció que aquel tipo iba a golpearle, pero se lo impidió el que estaba a la espalda de los dos agentes.

—Déjalo, Mingo. Y vosotros, andando. Alguien quiere tener una conversación con vosotros.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Ya lo sabréis cuando le veáis. Ojo con vuestros movimientos, porque pienso tirar a matar y ellos también están dispuestos.

—Ya se nota...

—Caminen.

Los dos que les vinieran por delante se les colocaron a los costados, como amistosamente, pero el que le sorprendiera por la espalda quedó algo más atrás, no mucho, dos o tres pasos. Sin duda no querían correr riesgos con ellos, pero también parecía ser verdad que les interesaba conducirlos a alguna parte y no cobrarse, al menos de momento, los golpes recibidos noches atrás.

Los dos amigos parecían bastante tranquilos mientras avanzaban por la no demasiada concurrida calle sin, al parecer, provocar curiosidad o sospecha en los transeúntes. Xanti habló calmoso, al hombrón que no le quitaba ojo muy alerta:

—De modo que trabajáis por cuenta ajena y no es una revancha...

—Cierra el pico.

—Ya lo oíste, Xanti —Rich también estaba tranquilo—. No les gusta hablar de los negocios que se traen entre manos. No deben ser muy limpios.

—Cuando terminemos con vosotros no van a quedaros muchas ganas de bromear —fue la feroz advertencia del tipo que lo escoltaba con la mano derecha metida en su bolsillo.

Poco después, el mismo individuo les indicó:

—Entrad por ahí.

Tratábase de un callejón solitario, bastante largo y ocupado por cajas vacías de embalaje, otras llenas de mercancía, dos o tres camionetas, bocoyes, bultos de mercaderías... Las puertas de algunos almacenes, dos o tres, daban a él, pero estaban cerradas por ser el mediodía. Eso, y el denso calor, provocaba la soledad ambiente. Había, eso sí, muchas moscas y muchos olores fuertes. A uno y otro extremo del callejón las calles en que desembocaba no tenían demasiado tránsito. Por otra parte, el callejón no era recto, formaba más bien un ángulo obtuso.

Justo cerca de su vértice Xanti se detuvo y afrontó al que iba a su lado.

—Escuchen, amigos, esto no nos gusta nada —dijo—. ¿De qué

se trata?

Rich se detuvo también y no pareció concederle mayor importancia al que venía por su lado. El trío de captores, en cambio, se pusieron alerta de inmediato y el que les tomara por sorpresa sacó a la vista su pistola, por cierto provista de silenciador. También el hombrón sacó una, sin silenciador, y el otro una navaja automática.

—Andando y basta de cháchara —ordenóles el que parecía dirigir la operación. Pero los dos amigos no se movieron.

—Ustedes parecen tener demasiados nervios, amigo —le dijo Xanti—. Y nosotros queremos hablar...

—No hay nada que hablar. Obedezcan o les pegamos cuatro tiros aquí mismo.

—No creo que eso le gustase al que les envió a buscarnos, ¿verdad?

La suave afirmación de Rich produjo efecto Y el del arma con silenciador se limitó a gruñir una orden:

—Vamos, vosotros, echadlos adelante.

—Ya lo oíste, puerco —gruñó el hombrón a Xanti, empujándolo.

Para ello no usó la pistola, sino su otra mano. Y en el mismo instante, Xanti le descargó con fulmínea rapidez un golpe con la suya abierta en la muñeca armada. Un efectísimo golpe de karate que les hizo gruñir de dolor y abrir la mano, dejando caer el arma de sus dedos súbitamente paralizados.

En el mismo momento, Rich saltó como un gato y golpeó hacia atrás contra la ingle del tipo que tenía algo a su espalda. Aquel se disponía a apuñalarlo, pero el doloroso golpe en su bajo vientre le hizo fallar por milímetros y encogerse gritando ronco.

El de la pistola con silenciador disparó una fracción de segundo demasiado tarde. Porque Rich, en una nueva demostración de su felina agilidad, había girado, atrapando al tipo de la navaja y colocándose de escudo. Fue, pues, el tipo aquel quien recibió el proyectil, volviendo a gritar y desinflándose de golpe.

Sin soltarlo, Rich metió mano a su propio bolsillo y extrajo una de aquellas navajas automáticas italianas, cuya hoja se disparó como un relámpago buido. Ya el de la pistola con silenciador se disponía a mejorar su puntería, ahora sobre Xanti, que forcejeaba

rudamente con su contrincante, derribando al hacerlo cajones y barricas vacíos.

Rich soltó con fuerza hacia delante el ya fenecido tipo de la navaja y a su vez dio un salto que lo puso al amparo de una pila de cajas llenas de mercancía. El tipo de la pistola giró la mano instintivamente y le envió una bala que le rasguñó la parte alta del hombro izquierdo. Rich apretó los dientes, giró sobre el pie derecho y le lanzó la navaja.

Lo hizo con perfecta puntería, pero aquel otro no era lerdo. Vio venir la muerte e hizo lo único que cabía hacer, saltar a su vez y ponerse el brazo izquierdo como parapeto. La hoja acerada le penetró en el antebrazo casi por entero, haciéndole gritar de dolor.

Rich se encontraba a cuatro metros escasos. Los salvó en dos brincos felinos y le cayó encima al tiempo que intentaba dispararle de nuevo, le atrapó la muñeca derecha y de un tirón desvió el caño del arma. Aquel nuevo proyectil le pasó quemándole la cara con un viento mortal.

Un instante después ambos caían por tierra al sucio arroyo, en feroz pugna por la pistola.

Xanti tenía delante a un enemigo duro y enrabietado, pero él estaba completamente frío. Pegó con ambos puños de forma demoledora y el granuja acusó sus golpes con sendos gruñidos, aunque también, a su vez, probó tener duros los puños, abriéndole casi una ceja a Xanti con un brutal zurdazo que lo conmocionó. Sin embargo, Xanti llevaba la ventaja, castigó la brecha del cráneo de su contrincante, le cerró el apilamiento de cajas y barricas vacías. El granuja recurrió al cuerpo a cuerpo y la agarrada, pero estaba ya vencido y solo era cuestión de tiempo. Cayeron contra los embalajes vacíos, provocando un estrépito de todos los demonios.

El tipo al que Rich hiriera en el antebrazo debía estar sufriendo lo suyo, pero era de temple sin lugar a dudas. Al menos peleaba como un tigre y parecía lleno de recursos. Mordió a Rich de manera salvaje en un descuido de este, obligándole a soltarlo, y se encogió para golpearle en el bajo vientre de modo alevoso. Pero Rich logró eludir el golpe a medias, aunque lo aturdió de violento dolor y, antes de soltarlo, le golpeó en la parte de atrás del codo derecho con la palma de la mano abierta. Fue un golpe efectivo, pues el otro abrió los dedos y soltó la pistola sin poderlo evitar. Pero casi al

instante alcanzó a Rich con un rodillazo que lo envió lejos rodando y gruñendo de dolor.

En otro movimiento reflejo, Rich acertó a patear la pistola y enviarla debajo de los cajones vacíos. Cuando se incorporó, aturdido, mareado, vio cómo el otro tipo hacía lo mismo con una mueca de dolor y odio, sacándose la navaja clavada en el brazo izquierdo.

La que perteneciera al granuja muerto por su propio compinche estaba en tierra a tres metros escasos de Rich. Y algo más allá, al otro lado del callejón, Xanti se zurraba duro con su contrincante entre los embalajes vacíos y junto a una camioneta cargada.

Rich saltó desde el suelo hacia delante y atrapó la navaja del hampón muerto cuando ya su contrincante empuñaba la suya tinta en sangre. Irguiéndose despacio, se dispuso a la pelea.

Jadeantes, los dos enemigos se acecharon, encogidos, sin perderse de vista. Pero el hampón estaba en inferioridad de condiciones, la sangre le caía por entre los dedos de su mano izquierda y aquel brazo lo tenía caído, la cara gris por el dolor de la herida.

Sin embargo, fue él quien atacó, en un inesperado salto de jaguar, amagando un golpe al estómago de Rich, y, a medio camino, desviándolo para convertirlo en otro alevoso y mortal a su garganta.

Rich estaba alerta, pero apenas si tuvo el tiempo justísimo para esquivarlo. Aun así, la punta de la navaja le rasgó la camisa a la altura de la tetilla derecha y se le enganchó en la solapa del cuello. Veloz, atrapó la muñeca armada de su enemigo y le hizo una presa de judo, colocándose a su espalda y retorciéndole el brazo derecho mientras ponía la punta de su propia navaja sobre su yugular.

—Listo, amigo. Abre esos dedos o te degüello.

Xanti acababa de conectar un tremendo gancho corto de izquierda contra el mentón de su enemigo, al que envió de espaldas contra la parte trasera de la camioneta, donde el tipo chocó con la violencia. Debió pegarse también con la cabeza contra alguna esquina o algo demasiado duro, porque cayó sentado pesadamente al suelo y acto seguido se derrumbó, quedando inmóvil.

Entonces Xanti acercóse, resollando fuerte, a su amigo y al atrapado, vencido y dolorido granuja que los tomara antes por la

espalda, le miró a los ojos y le habló pausadamente, pero con acerada frialdad:

—Ahora vas a contarnos quién tiene tanto interés en conversar con nosotros, hombre. O, si lo prefieres, te degollaremos. Tienes treinta segundos para decidirte, tú verás.

CAPÍTULO X

JOAO SALGUEIRO se encontraba precisamente escribiendo algo sobre una factura, en el cuartucho que le servía de despacho en su local, cuando le llegó una visita que esperaba, pero no así.

En realidad, aquella no era hora de negocio en su local. Solo dos de sus camareros y tres o cuatro furcias, más media docena de clientes de poco pelo, todos con cara de aburrimiento que cambiaron al ver asomar a Rich y a Xanti en compañía del nada boyante tipo del brazo apuñalado. Pero, tanto Xanti como Rich empuñaban ahora sendas armas de fuego y todo hacía indicar que no venían en plan de visita social, quien más quien menos se abstuvieron de iniciativas que podrían serles peligrosas.

Mientras Xanti obligaba a caminar sujetándolo por el cuello de la chaqueta al herido, Rich se encaró con los camareros y les preguntó dónde se encontraba Salgueiro. Tras leve vacilación, aquel indicó el despacho.

Salgueiro no tuvo tiempo material para ponerse en guardia a pesar del aviso que le llegó desde el local por medio del timbre de alarma y el intercomunicador. La puerta se abrió con violencia y el hampón herido entró trastabillando para ir a darse de bruces contra la mesa. Un instante después la voz de Xanti le advertía, severa:

—Deja tranquila esa pistola o habrá fuegos artificiales, Salgueiro.

El tabernero sabía cuándo llevaba las de perder. Sacó la mano del cajón que acababa de abrir, arrugó el entrecejo, miró a los dos hombres que entraban, uno de los cuales giró para desde la puerta vigilar la taberna y a sus ocupantes, al hampón ensangrentado y

abatido que resollaba levantándose sobre la mesa y finalmente al duro rostro de Xanti. Su propia expresión era dura e impenetrable.

—¿Qué es lo que pasa?

—Querías vemos, ¿no? Pues aquí estamos, con tu introductor de embajadores. A los otros dos les dejamos donde cayeron. Ah, este le metió una bala a uno de ellos, matándolo.

—Disparé sobre su amigo —jadeó el herido—. Nos atacaron por sorpresa cuando los traíamos.

—¡Imbéciles!

Salgueiro alzó la diestra y abofeteó a su hombre en plena cara con violencia, enviándolo hacia atrás y casi al suelo. Pero Xanti le impidió caer.

—No es bonito pegarle a un herido indefenso, ¿no te parece?

La explosión de ira de Salgueiro duró solo un instante y volvió a ser dueño de sí en el acto.

—Les dije que os trajeran evitando las peleas, pero solo han sabido meter la pata —gruñó—. Podéis guardaros las armas, porque mi invitación no era ni es inamistosa.

—¿De veras?

—Sí. Tengo un negocio que proponeros, eso es todo.

—¿Y para eso nos enviaste a tus gorilas tan bien armados?

—Vi cómo peleabais la otra noche, no me quise arriesgar. Pero ellos tenían órdenes concretas de no hacer uso de las armas salvo en caso extremo, y solo para convencerlos.

—Ya. Pues no las siguieron demasiado bien.

Salgueiro respiró hondo y miró a su hombre, que estaba gris y jadeante.

—Ve a que te curen —le ordenó—. Ya hablaremos luego. Y vosotros, os lo repito, no tengo nada en contra vuestra, cobré la indemnización por lo que rompisteis la otra noche, mi única intención era proponeros un buen negocio. Podéis marcharos tranquilos, si no os interesa.

—Antes tendrás que explicarnos unas cuantas cosas. Por ejemplo, cómo tus hombres estaban tan a punto para abordamos.

—Hice que os buscaran por todo el puerto. Cuando llegasteis con esa mujer joven me lo avisaron y entonces envié a los muchachos. Otro de mi gente os siguió hasta el hotel, eso fue todo.

—Ya. Y todo para ofrecemos un negocio... ¿Qué se ha hecho de tus múltiples amigos y servidores?

—Tengo muchos, es cierto. Pero precisamente ninguno como vosotros dos. Casi desconocidos, recién llegados o poco menos a Manaus. Con ficha delincuente.

Xanti y Rich intercambiaron una mirada como de desconcierto. Salgueiro no les quitaba ojo.

—¿Cómo diablos te enteraste?

—Tú lo has dicho, tengo muchos amigos. Un par de aventureros peligrosos, amigos del riesgo y la ganancia rápida, poco escrupulosos y realmente duros de pelar, buscados por la policía en este y otros tres países. Ya veis que soy amigo vuestro, podría denunciaros y en media hora estaríais con las esposas puestas, camino del presidio. Pero eso no me interesa. ¿Seguimos hablando?

Los dos amigos volvieron a mirarse. Luego se guardaron las armas, Rich entró y cerró, acercándose, como Xanti, a la mesa. Con una impasible sonrisa, Salgueiro abrió otro cajón y sacó una botella, vasos...

—¿De qué se trata? —inquirió Xanti aceptando el licor. Salgueiro esperó a llenar todos los vasos.

—De algo que puede darnos mucho dinero a todos.

—Concrete.

—Armas.

Rich silbó quedo, Xanti hizo una mueca, se miraron. Salgueiro no les quitaba ojo.

—No nos gusta, en principio. Mucho riesgo y no es tanto el beneficio, ya hemos tocado eso.

—Esperen. No terminé. Se trata de dos toneladas de armas y munición, por un valor calculado de un millón de nuevos cruzeiros, a cobrar en dólares.

—Y nosotros percibiremos veinte mil por el acarreo.

—Medio millón. Iremos a partes iguales.

Xanti se echó adelante, ceñudo.

—¿Nos ha tomado por tontos, Salgueiro?

—Dejadme hablar. Esas armas no me pertenecen, sé dónde están, eso es todo. La tarea consiste en apoderarse de ellas y transportarlas a lugar seguro. Yo pongo ese lugar seguro y me

encargo de negociar su venta, vosotros las sacáis de donde están y las transportáis donde os diré, después las llevaréis al punto de entrega a los clientes. Por eso cobraréis la mitad justa del beneficio que obtengamos.

Los dos amigos volvieron a mirarse. Parecían estar sopesando la oferta, muy desconfiados. Bebieron, fumaron... mientras Salgueiro esperaba. Luego Xanti dijo, pausado y mirándole fijamente:

—¿Y en qué momento y lugar piensas deshacerte de nosotros?

Salgueiro meneó la cabeza.

—Aunque lo hubiera pensado me habéis dado pruebas sobradas de vuestra peligrosidad. Soy hombre prudente, prefiero medio millón en paz a uno con demasiados riesgos. Y si la cosa sale como espero, ese podría ser el comienzo de una fructífera asociación para todos nosotros. Yo tengo todo lo que vosotros no, pero vosotros sois justo la clase de socios que necesito para realizar determinado tipo de negocio. Se gana más asociados que combatiéndose, alguien debe habérselo dicho.

—¡Hum! Sí, algo de eso hemos oído a veces. ¿Y quién te asegura que no nos alzaremos con todo?

—Sois inteligentes. No viviríais para disfrutarlo.

—Entendido. Tenemos que ser prudentes también.

—¿Dónde están esas armas?

—¿Aceptáis mi proposición?

—Pareces sincero. Y bueno, puesto así el negocio merece la pena. ¿Cuándo, cómo y a dónde?

—Esta noche. Las armas están en un almacén cercano al muelle. Las sacaréis en una camioneta y las cargaréis en vuestra lancha. Yo estaré vigilando la operación y cubriéndoo las espaldas. Cuando tengáis las armas a bordo, os daré las instrucciones acerca de a dónde debéis conducirlas.

—Muy bien. ¿Dónde están esas armas?

—Lo sabréis cuando sea hora de ir por ellas. Hay que actuar con mucho cuidado y la máxima astucia, porque sus propietarios son gente de lo más peligroso y cualquier error, por pequeño que sea, podría costarnos a todos el pellejo.

—Entendido. ¿Cuál es tu plan?

—Uno que vosotros acabáis de perfeccionar, sin saberlo, claro.

—Explícate.

—Es esencial que nadie pueda sospechar una alianza entre nosotros. Y como quiera que en pelea con vosotros acaba de morir uno de mis hombres, cosa que no ha de tardar en saberse, así como vuestra irrupción armados aquí, voy a hacer correr la voz de que traté de atraparos para daros un disgusto por vuestra actuación aquí la otra noche y vosotros me lo habéis dado a mí, en cambio. Ahora os marcharéis y procuraréis desaparecer de la circulación. Iréis a un lugar que yo voy a indicaros, cerca del muelle. Allí estaréis seguros hasta la noche. Hay un teléfono y yo os avisaré a la hora justa de comenzar la operación. Mientras, me arreglaré de forma que todo el mundo crea que estoy buscándoos para daros vuestro merecido por la muerte de mi hombre.

Era sin duda un buen plan. Y también un tipo astuto y retorcido Joao Salgueiro. Los dos agentes también eran astutos y hábiles. Cuando abandonaron el despacho empuñaban sus armas agresivamente y todos oyeron la bronca amenaza de Xanti a Salgueiro.

—Quedas enterado, Joao. Déjanos en paz o te abriremos en canal esa barriga de puerco bien cebado.

Nadie intentó cortarles la salida, pero había gente más que suficiente para expandir por toda la ciudad la noticia de lo sucedido. Cuando Salgueiro apareció poco después todas aquellas gentes pudieron ver muy bien su ojo izquierdo hinchado y su pómulo tumefacto, también lo desordenado de sus ropas. Y eso era algo que no esperaban, porque, que se supiera, nadie había sido nunca tan loco como para atreverse a golpear a Joao Salgueiro...

Mientras caminaban aprisa por las calles casi solitarias a causa del caliginoso mediodía, Rich hizo un comentario a media voz:

—Estamos teniendo una suerte loca, ¿no te parece?

Xanti asintió, con expresión reconcentrada.

—Desde luego. Sin duda alguien «sopló» a Salgueiro a donde se guarda ese alijo de armas y el muy granuja pretende aprovecharse del mismo sacando la ganancia completa. Desde luego le hemos venido como anillo al dedo y piensa eliminarnos en cuanto le hayamos transportado las armas a lugar seguro. Lo que no sospecha es quiénes somos y que nos está siguiendo el juego.

—Fue muy acertado prepararnos un historial convincente, se ve

que tiene un magnífico servicio de información.

—Me pregunto cómo reaccionarán los contrabandistas de armas cuando descubran que les desapareció la mercancía.

—Puedes asegurar que no van a echarse a reír. Saltarán como culebras pisoteadas.

—Pero no dejaremos que sospechen de nosotros. Procuraremos dejar alguna pista lo bastante clara como para que apunte a nuestro amigo Salgueiro y eso nos dará el tiempo que necesitamos para descubrir la identidad de los jefes de la organización, desde dónde actúan y cuál es su sistema de trabajo.

—¿Crees que resulte tan fácil como todo eso?

—No. Sin embargo, hay algo que tenemos a nuestro favor. A estas horas ellos deben, como Salgueiro y otros, imaginarnos un simple par de bigardos poco escrupulosos, pero no más, metidos porque sí en un berenjenal del que no tienen la menor idea de su importancia.

—Esperemos que sea así. No me gustaría acabar en el estómago de un caimán del Amazonas... ¿Qué diantres pintará realmente la esposa de Costa en todo esto?

—No lo sé, pero lo averiguaremos. Antes de meternos en ese escondrijo de Salgueiro vamos a comunicarnos con Amaral. Que él transmita la información a Brasilia y nos avise después lo que decide el coronel.

—¿Cómo? Porque sospecho que Salgueiro tendrá controlado ese teléfono...

—Pero no sabe quiénes somos y no va a sospechar nada de un buhonero que ande por la calle vendiendo sus baratijas. Recogeremos de paso un microtransmisor de onda ultracorta y Amaral nos informará desde la calle tranquilamente sin que nadie pueda imaginárselo.

CAPÍTULO XI

UN buhonero estaba parado en la esquina de dos calles, con su gran caja repleta de baratijas colgada del cuello. Era un tipo indefinible, de cualquier edad alrededor de los cuarenta años, magro, con largos cabellos y bigote grande, bastante sucio y astroso. Vio llegar a los dos amigos con absoluta indiferencia mientras masticaba un bocado. Tenía en las manos un pan relleno de lo que parecía una mezcla de embutidos y al lado una botella grande de cerveza, sobre la escueta sombra de la acera.

No pasaba prácticamente nadie por allí. Los dos amigos se detuvieron ante el buhonero y se inició la pantomima de una adquisición de tabaco.

—Tenemos información importante. Danos un microreceptor.

—Estáis siendo seguidos por mucha gente, tened mucho cuidado. ¿Qué tal salisteis del paso con aquellos tres que os esperaban?

—Mejor de lo que imaginábamos. ¿Qué hay de la chica?

—No salió del hotel. Pero sí lo hizo un chino llamado Tai Hong. Idos ya, todo lo demás lo hablaremos por el microtransmisor. Hay un bar a la vuelta, entrad a tomaros un trago y sentaos a una mesa.

Así lo hicieron los dos camaradas.

Aquel era uno de tantos bares de la zona portuaria y ciertamente no tenía mucha clientela a aquella hora.

El propietario y la camarera mulata miraron a los recién llegados con moderado interés, ellos pidieron dos cervezas y fueron a sentarse a una mesa vacía desde la cual podían ver la calle quedando razonablemente aislados de los demás clientes. La

camarera les trajo las cervezas y unos pescaditos fritos con un sensual contoneo de caderas y miradas promisorias, pero no le hicieron caso. Rich sacó y puso sobre la mesa el falso paquete de tabaco, en realidad un microtransmisor-receptor de onda ultracorta, una maravilla de la moderna electrónica, camuflado dentro del paquete en el que había, de veras, un par de cigarrillos. Los sacaron, los encendieron y fumaron, poniéndose, aparentemente, a hablar en voz baja...

En la esquina, el buhonero seguía comiendo y bebiendo indolentemente. De cuando en cuando parecía soliloquiar entre dientes, cosa nada rara en un tipo así. El espía de Joao Salgueiro y el de Tai Wong, cada cual por su lado, no sospecharon lo más mínimo de él y lo que estaba haciendo...

Los dos camaradas terminaron lentamente sus cervezas, se levantaron, Rich se guardó el paquete de cigarrillos y abandonaron el bar. Pero en vez de encaminarse al escondrijo que Salgueiro les indicara fueron de regreso al hotel donde se alojaba la mujer de Costa, también Machado.

El mismo tipo de por la mañana dormitaba tras el mostrador. Les miró pasar con soñolienta indiferencia...

Al llegar al tercer piso los dos amigos fruncieron el ceño, cambiaron una mirada y avanzaron aprisa hacia la puerta de la habitación 33. Estaba abierta y por ella pudieron ver a una negra de edad ya no joven, ampliamente despechugada, que estaba procediendo a todas luces a asear la habitación y cambiar las ropas de la misma. La negra se volvió al oírles llegar y los miró entre interrogativa y complacida. Los dos amigos entraron y buscaron con la mirada.

—¿Buscan algo, señores...?

—Sí. ¿Dónde está la señorita que ocupaba esta habitación?

—No lo sé. Debe de haberse marchado. Me dieron orden de subir a arregarla hace media hora.

Ellos se miraron. Luego, sin pronunciar palabra, dieron media vuelta y descendieron aprisa la escalera.

El empleado de recepción estaba curiosamente dormido. Curiosamente porque en su mirada no había ni rastro de soñolencia cuando abrió los ojos a la llamada seca de Xanti.

—¿La señorita Brigitta, Khöler, de la 33? Sí, claro... Bueno, pues

se marchó hará cota de una hora.

—¿Está seguro de eso?

—¿Y cómo no voy a estarlo? Llamó, pidió su cuenta, la pagó, solicitó un taxi, bajó, se metió en él y se fue...

—¿Así deprisa, amigo?

—Oigan, yo no tengo por qué darles explicaciones...

—Pero nos las va a dar. Esa señorita es amiga nuestra, llegó con nosotros esta mañana, de un viaje largo y pesado, estaba cansada, dijo que se iba a acostar...

—Pues no se acostó. Y a mí no me importa lo que hagan los clientes del hotel mientras paguen la cuenta. Pagó y se fue, eso es todo lo que sé, si les engañó es cosa suya y de ustedes.

—Ya... Díganos, buen amigo. ¿Qué hay del señor Machado? ¿También se ha ido?

El empleado estaba ligeramente nervioso, pero eso podía obedecer a diversas causas. Asintió, echando mano al libro-registro.

—También se ha ido. Llamó por teléfono diciendo que podíamos disponer de su habitación; y como la tenía pagada de antemano... Ahora que me acuerdo, también llamó a la señorita Khöler...

—¿Antes o después de que ella se marchara?

—Antes. Como quince o veinte minutos después de que ustedes se marcharan, me parece recordar.

—Y entonces ella pidió la cuenta.

—Sí, eso fue...

—Un maldito embustero, pero nada vamos a conseguir estrujándolo, aparte de que no tenemos tiempo para eso —gruñó Xanti cuando abandonara el hotel—. Sin duda le han pagado bien y hasta es muy posible que hubiera cerca alguien listo para intervenir si se iba de la lengua.

—Lo mismo opino. ¿Qué hacemos? Deben haberla secuestrado...

—A ella y a Machado. Él incluso puede estar más muerto que mi abuela a estas horas. Amaral asegura que no la vio salir pero sí a ese chino Tai Wong, que es, o era, muy amigo de Machado y quien preparó la entrevista entre ambos esposos si hemos de creer a ella. Afirma que poco después se llevaron uno de esos grandes cestos de

ropa en una camioneta. Apostaría mil cruceiros nuevos a que la muchacha iba dentro, convenientemente drogada. Debieron estar acechándonos, tal vez escuchando lo que hablamos, y en cuanto salimos del hotel fueron a por ella.

—Por lo visto les interesa mucho...

—Sin lugar a dudas. Te lo dije, es la clave de todo el asunto, tengo esa corazonada desde un principio. Ahora vamos a irnos al escondrijo de Salgueiro y esperaremos la noche, su aviso y lo demás. Este juego hay que jugarlo en dos direcciones, si no es tres. Amaral necesita al menos dos horas para enviar los informes a Brasilia y recibir instrucciones para nosotros, luego deberá llegarse a esa calleja sin despertar sospechas entre quienes nos estén vigilando y transmitírnoslas...

A no mucha distancia de allí, en los muelles, dentro del almacén de Tai Wong, este se encontraba alzando una trampa de recias maderas en el piso, que dejó al descubierto un hueco profundo. Dos hombres, uno de ellos quien le ayudara a raptar a la joven, acababan de sacar a esta del interior del gran cesto para ropa sucia en que la habían transportado. A una indicación del chino cargaron con la muchacha inerme y sin sentido, transportándola al escotillón.

—Descendedla con sumo cuidado —les ordenó el chino. Ellos asintieron y el que iba delante procedió a efectuar el descenso por la recia escalera de gruesa madera que se hundía en el agua tranquila del río sobre la cual había sido edificada aquella parte del almacén. Una verdadera selva de pilastras formadas por troncos de cierto árbol de la Amazonia, cuya madera posee extraordinaria resistencia al agua sostenía no solo aquel, sino toda una larga fila de edificaciones alineadas en la orilla. De tal modo, cuando ocurrían las grandes avenidas y las aguas del río Negro subían incontinentemente de nivel por muchos metros, siempre el piso de los almacenes ribereños quedaba a salvo y en seco.

Ahora había más de seis metros entre aquel piso y el nivel del agua, por lo cual resultaba ciertamente peligroso descender cargados la escalera, ya que los travesaños horizontales de la misma estaban de lo más resbaladizos a pesar de no llegarles el agua, a causa de la permanente humedad del río. Sin embargo aquellos dos individuos parecían hallarse muy habituados y, eso sí,

sin ninguna prisa, tanteando con cuidado antes de afianzar el pie cada vez que lo apoyaban en un travesado, fueron descendiendo metro a metro hacia la potente motora que se encontraba amarrada a una de las pilastras vegetales y a bordo de la cual hallábase otro individuo que, llegado el momento, arrimó la embarcación al pie de la escalera. Desde arriba, Tai Wong vigilaba la operación y daba órdenes breves que ayudaban a todos.

Finalmente, la muchacha raptada fue depositada sobre el piso de cubierta de la canoa y uno de los que la habían bajado pasó a la embarcación mientras el otro retornaba junto al chino. Este aún dio unas últimas órdenes a los de la canoa.

—Ya sabéis cual es vuestra misión. Debéis llevarla con el máximo cuidado y respondéis con la vida de que llegue sin novedad a destino.

—Llegaré, esté seguro —le contestó el que había esperado en la canoa. Luego procedió a desamarrar la embarcación mientras su compinche recogía a la desvanecida muchacha y la introducía en la pequeña cabina con cuidado, depositándola allí sentada y reclinada contra el mamparo. Luego la sujetó con unas correas para que no se cayera y mientras tanto el otro tipo puso en marcha el motor.

La canoa rápida maniobró por entre el bosque de pilastras sobre las aguas sucias y densas del río hasta salir a plena luz solar. Por allí había mucho movimiento de todo género, pero nadie pareció ocuparse por la canoa y sus ocupantes —el que amarrara a la muchacha raptada había salido a colocarse junto a su compinche— y sin duda verlos por allí era algo bastante usual para los habituales de la zona. En cualquier forma, la canoa enfiló sin demasiada prisa hacia las aguas libres, pasando por entre las numerosas embarcaciones de todo género que llenaban el puerto...

Una vez en el centro del gran río, la canoa aumentó velocidad y enfiló hacia el Sur, no tardando en dejar atrás las últimas edificaciones de Manaus. Durante media hora más voló sobre las aguas, acercándose a la desembocadura del río Negro en el Amazonas. Pero como a una milla antes de la misma atravesó al sesgo la anchurosa corriente hacia el Oeste y, arrimándose a la orilla, contorneó la misma hasta penetrar en el Amazonas. Aún prosiguió durante un cuarto de hora más remontando la amplia corriente de color gris rojizo, para después internarse por una de

las numerosas embocaduras de lo que podían ser ríos afluentes o simplemente brazos desprendidos de la corriente principal.

Aquella era de poca anchura, nunca más de una treintena de metros, y casi siempre discurría por debajo de un espeso toldo de verdor que a menudo no permitía pasar los rayos solares o lo hacía muy poco. Por tal vez media docena de kilómetros la canoa avanzó por aquel canal entoldado y umbrío, donde la temperatura era de sauna y la humedad semejaba desprenderse de los árboles, el follaje, el mismo aire para súbitamente emerger a plena luz solar en un punto donde la selva había desaparecido, talada científicamente en un espacio de tal vez dos kilómetros por uno. Aquel espacio estaba ocupado por lo que parecía ser una plantación de frutales del trópico cuidadosamente trabajada. Desde el aire y a una altura normal de vuelo, los ocupantes de un avión solo veían eso, aunque también distinguieran la amplia cuadrícula en forma de cruz de Lorena que separaba las distintas especies cultivadas allí. Solo quien pudiera visitar la plantación por tierra podía darse cuenta de que aquellos espacios de unos treinta metros de anchura, tan rectos y al parecer destinados a cultivos de tipo herbáceo, ocultaban sendas pistas de aterrizaje formadas por el clásico sistema utilizado ya en la Segunda Guerra Mundial por los norteamericanos en el Pacífico. Pero nadie ajeno a la plantación llegaba nunca de visita. Y si alguno llegó, clandestinamente desde luego, no volvió a saberse de él.

La canoa detuvo su avance en un pequeño embarcadero donde terminaba la que desde el aire semejaba inofensiva pista de salida para los productos de la plantación y a cuyo extremo opuesto alzábanse una hermosa casa, no demasiado grande, y una serie de construcciones de anodina apariencia, entre ellas dos grandes tinglados como destinados al almacenaje. Allí, en aquel muelle, había un hombre solo esperando, junto a un jeep.

Aquel hombre era Werner Traütloff.

CAPÍTULO XII

CUANDO la muchacha abrió los ojos pareció que salía de un profundo sueño. Parpadeó varias veces, antes de poder fijar su mirada. Y aun entonces semejó no entender...

Luego le llegó de repente el recuerdo de lo que le había sucedido, se estremeció con fuerza y a sus ojos, a su bello rostro, asomó el pánico. Un pánico súbito que no se debía a lo recordado, sino al hombre que, de pie ante ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, la estaba contemplando con tremenda fijeza, con una expresión en la que había muchas cosas.

—Veo que aún te acuerdas de mí...

La voz de Traütloff sonó ronca, acerada; pero no era exactamente amenazante, ni agresiva. La joven se estremeció de nuevo y pareció tomar consciencia de dónde se hallaba; pero de hecho solo tenía ojos para su interlocutor y pareció estar siendo fascinada.

—No... no le entiendo... No le conozco... No sé por qué...

—Basta de mentiras, Roswitha. Te hicieron un buen trabajo de cirugía facial, pero no te cambiaron los ojos. Y yo reconocería esos ojos tuyos entre un millón, así como tu voz.

Ella respiró de modo espasmódico y desvió la mirada. Estaban en una espléndida habitación amueblada con real lujo, y que debía tener aire acondicionado. Solos. Por los grandes ventanales, unas persianas verdes dejaban entrar grata luz tamizada, pero no permitían distinguir el exterior.

Traütloff tendió a su prisionera un paquete mediado de cigarrillos. Pero ella no aceptó.

—¿No quieres fumar? Te ayudará...

—Estás equivocado, no soy la que piensa, no le conozco.

—Mientes muy mal. Dejémoslo estar. Confieso que cuando hallamos tu fotografía en la cartera de Costa no advertí al principio nada. Solo a la tercera ojeada descubrí que conocía aquellos ojos. Así que el muy maldito se enamoró de ti.

Ella mantuvo silencio, pero se negó obstinadamente a mirarle. Le temblaba la boca de modo perceptible, la terna apretada. El seguía contemplándola con aquella intensa y extraña expresión.

—Me gustaba mucho más tu otra cara —dijo—. Infinitamente más...

Entonces ella se volvió a mirarlo, con odio:

—¡Tú me la quemaste! —estalló. Y aunque al instante hizo por recuperar su autodomínio ya era tarde y no merecía la pena. Por su parte, Traütloff acusó el golpe con un apretamiento casi doloroso de todo su rostro.

—¡Mentira! Yo jamás me hubiera atrevido a una cosa así. Quise evitarte todo mal...

También él había perdido la calma de golpe. Ahora la mujer sí lo afrontaba. Y cualquiera hubiera podido comprender que entre ambos había muchas cosas.

—Eres un asesino, Un asesino en masa, una bestia feroz. Y nadie es este mundo me ha hecho tanto daño como tú, Werner Traütloff.

Mordió la acusación. Y él reaccionó avanzando un paso para abofetearla con violencia. Pero la muchacha no gimió, aunque casi fue lanzada de espaldas. Blanca, salvo el punto donde recibiera el golpe, le llamaron las pupilas de miedo y de odio.

—También eres un héroe —jadeó—. Un héroe nazi, un héroe de las SS... Se te nota.

Él estaba ahora gris. Curioso, parecía sufrir. Apretó los puños como conteniéndose y tragó aire con fuerza. Luego gruñó, ronco:

—Perdóname el golpe, pero no me provoques, sabes cuan fácilmente me vuelves loco. Te amo demasiado, Roswitha, y nunca pude olvidar tu traición. Tus traiciones.

—Yo no te he traicionado jamás, porque jamás te amé. Eso te consta.

—Eres una traidora. Por dos veces hiciste cuanto estuvo en tu

mano para entregarme a mis enemigos, para lograr mi suerte. Y ahora mismo, ¿a qué has venido al Brasil sino a eso, di?

—Ni siquiera sospechaba que estuvieses aquí.

—¡Mientes!

—¡No miento! Te creía muerto. Estuve varios meses en el hospital, entre la vida y la muerte, después de que huyeras dejándome encerrada en aquella casa en llamas. Lograron salvarme casi en el último instante, pero el cuarenta por ciento de mi cuerpo era una pura llaga, mi rostro había quedado casi irreconocible y salvé la vista de milagro, según me dijeron después. Más tarde lo consideré una bendición, porque así me dieron una cara distinta, con la que no podrías, pensé, volver a encontrarme. También obtuve otra vida.

—¿Qué clase de vida?

—¿De veras lo ignoras?

—Te casaste con ese maldito aviador portorriqueño.

—Sí, me casé con él. Yo estaba destruida por dentro, mental y psíquicamente, por ti. Había perdido el rumbo y la esperanza cuando salí del hospital. Y entonces lo encontré. Llegó muy oportuno, tanto que pudo engañarme sin demasiada dificultad, aunque por poco tiempo. Descubrí qué clase de hombre era a las pocas semanas de casados y en el acto corté por lo sano. Pero él me amaba, no quería abandonarme, hizo cuanto pudo y, al igual que tú, llegó a amenazarme de muerte si lo abandonaba. Solo que yo ya estaba endurecida y él no era como tú.

—¿Cuándo lo enviaste contra mí?

—Nunca. Pero sí que le conté de ti, de nuestra historia. Fui clara y cruda porque no tenía otro camino. Mario Costa comprendió que me había perdido y entonces se desesperó, cometió la estupidez que nos llevó a ambos a la cárcel bajo una acusación de espionaje. Solo que pude demostrar muy pronto mi inocencia y entonces me ofrecieron algo que me interesó.

—¿El qué?

—Trabajar para nuestro Servicio de Inteligencia. Sí, Werner, desde hace más de tres años soy una agente del Servicio Secreto de nuestro país. ¿No te parece una tremenda ironía? Yo, que era inocente, tonta y romántica, convertida en agente secreto...

Rio, pero su risa hacía daño. Y él, desde luego, no se reía.

—Por eso te enviaron aquí...

—Por eso y otras cosas. Mi marido había escapado de presidio y se perdió su rastro, pero él logró de algún modo averiguar que me habían libertado y dónde estaba. Hace semanas recibí carta suya. No era demasiado explícita, pero me decía lo suficiente... ¿Cuándo y cómo murió?

—Hace menos de un mes. Había abierto cierta caja fuerte, apoderándose de ciertos documentos, pero no pudo huir. Por fortuna yo no me descuido.

—¿Le mataste tú?

—Mis hombres. Pero de haber sabido que era tu marido yo lo habría apresado vivo, para después entretenerme con él.

Ella se estremeció ante la caliente maldad de aquella afirmación.

—Ahora sé lo que pretendía. Descubrió dónde estabas y lo que hacías, se las arregló para entrar a tu servicio y cuando lo creyó oportuno intentó cazarte... Por eso me llamó, para ofrecerme mi venganza a cambio de regresar con él.

—Llevaba dos años largos a nuestro servicio y se había ganado nuestra confianza, el maldito. Así que ese era su plan. Pues le falló, ya ves. Y ahora estás en mi poder, después de tanto tiempo otra vez me perteneces...

—Nunca te perteneceré.

Él volvió a ensombrecerse.

—Será mejor para todos que recapacites...

—No tengo nada que recapacitar. Te odio tanto como te temo, Werner. Podrás tomar mi cuerpo por fuerza, como antes; pero mi alma, lo mejor de mí, nunca te pertenecerá. Y cuando te descuides, te mataré, aunque sea lo último que haga.

—¿Tanto me odias?

—Pregúntate los motivos que me has dado y cuáles son tus méritos para que olvide.

Él respiró hondo. Sin duda muy poderosas emociones estaban combatiéndolo. En cuanto a la mujer, daba la impresión de haber ido endureciéndose, fortaleciéndose, conforme iban hablando. Ahora casi lo desafiaba.

—De modo que una agente secreta... —Traütloff pareció decidirse por uno de los dos caminos que podía seguir—. Y nada sabías de mi presencia aquí, solo viniste a reunirme con tu amante esposo.

—Puedes ironizar lo que te plazca. Cuando Mario Costa me escribió, avisé a mis jefes y les entregué su carta. Me dijeron que debía mantener el contacto con él y aceptar su proposición, pero no sé por qué razones. Tú fuiste de la Gestapo, sabes que en esa tarea no se dan explicaciones a los subordinados ni ellos las piden. Me limité a cumplir órdenes y luego vine a Manaus con una documentación falsa, reuniéndome con el hombre que estaba encargado de conectarme con mi marido. A propósito, ¿qué le habéis hecho, asesinarlo?

—Era un estorbo peligroso. Así que todo tan sencillo. Ese hombre era amigo de tu marido, y agente secreto también, ¿verdad?

—Lo sé. Se le escogió, me dijo, porque había sido camarada de armas en Corea de mi marido. Vino aquí y conectóse con él, logró su confianza, pero no del todo porque Mario Costa sabía lo que se estaba jugando. Él, y otra persona cuya identidad desconozco, ayudaron a mi marido y prepararon todo para nuestra entrevista. Para ello contrataron a un par de aventureros que nada tenían que ver con el asunto, dos tipos duros y hábiles que cobraron una buena suma por conducirme al lugar de la cita. Supongo que eran hombres tuyos los que nos salieron al paso.

—Lo eran. Pero me gustaría saber qué les pasó.

La mujer se lo dijo con detalles concisos y concretos, viéndole apretar las mandíbulas.

—Ellos se dieron cuenta de que había mucho más de lo que se les dijo en un principio. Pergeñé una historia bastante plausible, pero sospecho que no logré engañarlos. Querían avisar a la policía y me costó trabajo convencerlos para que no lo hicieran, luego se fueron. Ojalá nunca les hubiera permitido marcharse, tú no me habrías podido capturar.

—Ellos no habrían podido impedirlo esta vez. Y no tardaré en encargarme de agradecerles sus buenos servicios a ti, descuida. Por lo demás, supongo que te agradecerá saber lo que hago aquí, qué era lo que tu marido intentaba entregarte a cambio de tu perdón. ¿O ya

lo sabes?

—No tengo la menor idea, pero conociéndote no debe ser nada bueno.

Traütloff emitió una sorda risa sin alegría y encendió su cuarto cigarrillo desde que comenzaron la conversación. No los consumía.

—He tardado mucho tiempo en montar este negocio, Roswitha —dijo despacio—. Primero encontrar los socios, convencerles de que financiaran mi plan. Luego elegir los colaboradores, montar todo el tinglado. Ha sido una tarea larga y dificultosa, pero que está rindiendo óptimos frutos, créeme. Hoy día nadie sospecha por aquí mi verdadera identidad, procuro no aparecer por donde alguien pudiera reconocerme. Bien es verdad que el tiempo me ha cambiado algo, que también me hice la cirugía facial hace veintidós años... Estoy trayendo armas de Estados Unidos, Europa y China, a través de distintos conductos, y distribuyéndolas a casi todos los movimientos insurreccionales, o las simples pandillas de bandidos, de este hemisferio. Un negocio de muchos millones, Roswitha, te lo puedes creer. Y nadie se imagina que aquí, en esta apacible fazenda, se halla la central de la más vasta red de contrabando de armas de América del Sur.

Rio otra vez sin alegría. La mujer callaba ahora, atenta.

—Han cambiado muchas cosas, Roswitha —añadió Traütloff—. Por fin he llegado a la cima del éxito, he conseguido casi todo lo que ambicioné. Dinero, poder... Y la única cosa que me faltaba para sentirme a gusto acaba de venírseme a las manos del modo más inesperado. Te había perdido la pista por completo, casi llegué a resignarme a perderte. Pero ahora estás aquí.

—Te lo he dicho, nunca me tendrás.

—No puedes escapar de aquí. Esta fazenda se halla a muchos kilómetros de cualquier lugar civilizado, rodeada por densa selva. Hombres de mi absoluta confianza, ayudados por perros de presa, la vigilan día y noche, dispositivos electrónicos de alerta están siempre vigilando también. Nadie puede entrar o salir sin mi permiso, ¿comprendes?

Se le acercó despacio y la joven se puso rígida. Alargando las manos comenzó a acariciarla, sin que ella hiciera nada por impedirlo aunque toda ella era un rechazo. Finalmente le cogió la cara para mirarla de aquel modo intenso y fascinante.

—Me gustaba mucho más tu otra cara —dijo—. Pero es lo mismo, pronto me voy a habituar a esta...

CAPÍTULO XIII

TAI WONG tenía una expresión impenetrable que no resultaba ni mucho menos tranquilizadora para el hombrecillo de pie ante él en el suntuoso despacho de estilo totalmente oriental.

—De modo que, según tú, alguien va a penetrar esta noche en mis almacenes para robarme mercaderías...

Su voz era lenta y suave, de finura gélida. El tipejo conocido por el Rata la sintió penetrar como punta de hielo en sus carnes, en efecto. Ya no estaba demasiado seguro de haber tenido una buena idea viniendo a ofrecerle información, pero, por otra parte, tampoco se podía volver atrás.

—Sí. A la medianoche en punto.

—¿Quiénes lo intentarán?

—Si me paga bien le daré los detalles y los nombres, todo.

—¿Por qué no has ido con ese informe a la policía? Se trata de un intento de robo.

El hombrecillo hizo una mueca expresiva.

—No quiero cuentas con la policía. Además, ellos no pagan por esta clase de información. Y... bueno, pensé que usted tampoco desearía que la policía conociera la clase de mercancías que iban a robarle.

Ahora Tai Wong pareció endurecerse.

—¿De qué hablas?

El hombrecillo tomó aire. Estaba inquieto y no quería darlo a entender.

—Armas —silbó—. Cajas marcadas como material agrícola para

la Compañía Agrícola Fragoso. Muchas, valen una fortuna, ¿verdad?

El chino había vuelto a ponerse impasible, pero sus negros ojos tenían una dureza reveladora.

—¿Cuánto pides por tu información? —inquirió del mismo modo suave. Y la codicia asomó a los ojos del hombrecillo.

—Dos mil cruceiros nuevos. Mil ahora, el resto cuando todo haya terminado.

Sin inmutarse, el chino se levantó y fue hacia un maravilloso biombo que separó, dejando al descubierto una caja de caudales empotrada en la pared. La abrió y extrajo un grueso fajo de billetes de Banco, retornó con él a la mesa, miró de soslayo al hombrecillo febril de codicia y algo como una sonrisa siniestra apareció en sus ojos por un breve instante. Luego se puso a contar dinero con sus largos dedos terminados en no menos largas y cuidadas uñas.

—Aquí tienes, mil cruceiros nuevos —dijo, echándole sobre la mesa los billetes—. Lo puedes contar.

El hombrecillo alargó las ávidas manos para tomarlo y guardárselo, mientras sonreía torcidamente.

—No hace falta. Este es un buen negocio para ambos. Algunos lo llamarían traición, pero yo lo llamo negocio...

—Yo también. ¿Cómo garantizas la verdad de tu información?

—Vendré con ellos esta noche. ¿Le parece bastante?

El chino no demostró nada.

—Y ahora, el plan, los nombres, todo.

—Sí, sí... Bueno, es Joao Salgueiro, usted le conoce, el amo de La Bella del Río, quien lo ha preparado todo. Tiene dos cómplices, dos tipos realmente peligrosos que poseen una gasolinera de carga...

A no mucha distancia del almacén del chino, en un cuartucho de mala muerte, Xanti y Rich se encontraban matando el tiempo con una botella y unos cigarrillos.

El segundo observaba la calle, tortuosa y mugrienta, prácticamente vacía de presencia humana, aunque no le faltara cierta animación, y descubrió la llegada del falso buhonero.

—¡Aquí está Amaral!

Xanti se acercó a la sucia ventana y, de paso, extrajo el micro-

transmisor-receptor oculto en un paquete de cigarrillos, conectando algo. Casi al instante sonó un débil pitido.

—Ya entró en campo.

—Esperemos.

El falso buhonero llegó sin prisas por la calleja y fue a detenerse en la acera de enfrente, pero no exactamente ante el escondrijo, sino unos diez o doce metros más allá. Luego adoptó la característica actitud del buhonero a espera de clientes...

Momentos después su voz sonó nítida, pero débil, en los oídos de los dos camaradas.

—Toda la información transmitida. ¿Estáis bien?

—Sí. ¿Qué tal la calle?

—Tranquila. He visto a dos tipos sospechosos, pero de mí nadie tiene cuenta.

—¿Cuáles son las órdenes?

—Seguid adelante con eso. Vienen para acá refuerzos en avión, estarán en Manaus a las diez y media de la noche. Tenéis que conseguir que no se intente nada antes de esa hora.

—No creo que Salgueiro lo intente antes de la medianoche. ¿Cuál es el plan?

—Dejar que nos lleven hasta la guarida de los contrabandistas.

—Salgueiro no está mezclado en eso...

—Pero sí Tai Wong. Vamos a colocar espías en su casa y en su almacén, para tomar nota de cuantos le visiten. De hecho ya están siendo colocados. ¿Conocéis a un hombrecillo astroso, un mendigo de los muelles llamado el Rata?

—Seguro. Estaba en lo de Salgueiro la noche de nuestra pelea y también nos ha parecido verle hoy allí. ¿Por qué?

—No hace ni veinte minutos que acaba de salir de casa de Tai Wong, yo mismo pude verle. Parecía a la vez contento y excitado.

Los dos amigos cambiaron una mirada expresiva.

—¿Quieres decir que esa rata de río nos ha traicionado?

—A Salgueiro, sin duda. Pero eso nos facilitará la tarea. Nosotros íbamos a tratar precisamente de hacerle llegar el «soplo» a Tai Wong. Así la organización se pondría en marcha para evitar el robo...

Durante cierto tiempo se mantuvo la animada conversación por

medio de los maravillosos artilugios. Nadie, en la calle, pudo imaginárselo. Después, el falso buhonero, cansado al parecer de su falta de ventas en: la calleja, se alejó con su paso cansino...

Xanti encendió un nuevo cigarrillo con parsimonia, mientras Rich comentaba, irónico:

—Henos convertidos en cebo de trampa una vez más.

—El plan del jefe es excelente y si sale permitirá acabar con toda esa gentuza.

—Pero como no salga, tú y yo iremos a servir de pasto a las pirañas.

—Son riesgos de esta profesión...

Se quedó pensativo, fumando con la mirada fija en la calle. Rich le miraba no menos atento y, al cabo, sugirió:

—¿Pensando en ella?

Xanti pareció sobresaltarse.

—¿De qué hablas?

—No te hagas el inocente. Estás preocupado por la suerte que pueda haber corrido esa mujer...

Xanti hizo una mueca.

—Sería natural.

—Es extraordinariamente guapa. Pero tú has conocido a muchas mujeres guapas. ¿Qué diantres te ocurre ahora con esta, Xanti? No irás a decirme que te has enamorado...

—¡Vete al diablo!

Iba a contestarle Rich cuando sonó el teléfono. Rápido, fue a cogerlo.

Era Salgueiro y solo deseaba saber cómo estaban.

—Volveré a llamarles a las diez. Vigilen la calle, mientras.

Tras colgar, Rich se acercó a su camarada y le miró a los ojos.

—Olvídala, Xanti. Probablemente ya esté muerta o no la veamos más. Es casi seguro que nos mintió.

—He dicho que te vayas al infierno. No quiero que me hables de ella más —fue la hosca respuesta, que le preocupó. Nunca había visto así a su amigo, por lo común un alegre y desenfadado mujeriego...

A las diez, Salgueiro volvió a llamar.

—Estad listos para las once y media en punto. Iré a buscaros.

A las diez y media volvió a recorrer la calle el buhonero, pero esta vez no se detuvo. Caminaba lento y parecía algo bebido...

—Tai Wong está tomando sus medidas. Concentra lanchas rápidas bajo los almacenes, con suma cautela. Tipos peligrosos se llegan allí uno a uno...

—Nosotros comenzaremos la fiesta sobre las once y media, pero no creo que entremos al almacén a medianoche.

—Para entonces estaremos preparados. Están llegando ahora los refuerzos, también dos helicópteros pesados...

A las once y media, Joao Salgueiro llegó con una furgoneta bastante usada que introdujo en los bajos del edificio. Poco después entraba en el cuartucho, acompañado por el gigantón a quien al mediodía vapuleara Xanti y que, por cierto, presentaba muchas huellas de la misma y les miró de mala manera. Salgueiro fue directo al grano.

—¿Estáis listos?

—Y ansiosos de salir de este agujero. ¿Cuándo nos vamos?

—Ya.

Salieron en silencio y descendieron al lóbrego pequeño almacén. Allí, Salgueiro habló de nuevo.

—Hemos estado vigilando vuestra embarcación y no parece que nadie la espíe. Id por ella y traedla debajo del almacén de Tai Wong. Allí estará esperándoos mi gente. Este os acompaña, daos prisa.

—¿Estás seguro de que nadie sospecha nuestro intento?

—He tomado bien mis precauciones. Andando.

Caminaron aprisa hacia los muelles por las callejas llenas de vida caliente y olores acres en la noche cálida. A tal hora, nadie se fijaba demasiado en nadie por aquel barrio de tabernas, prostíbulos y otros antros donde los tripulantes de los barcos atracados al muelle buscaban solaz y diversión.

Cuando llegaron al lugar donde por la mañana dejaran su embarcación amarrada, la lechosa bruma del río, cargada de humedad, lo cubría y difuminaba todo, envolviendo en halos las luces de los barcos y el muelle.

—Una noche perfecta para una tarea como la que vamos a emprender —comentó Rich con buen humor—. No se verá una

ballena a treinta pasos dentro de media hora.

—Es justo lo que nos conviene —le contestó Xanti—. Ahí está nuestra lancha.

Saltaron a ella y comprobaron rápidamente que no había nada sospechoso a bordo. Luego, mientras Rich ponía en marcha el motor, Xanti y el otro tipo, que no había apenas despegado los labios salvo para gruñidos malhumorados, desatracaron.

—Tú conoces el camino, ponte a proa y guíanos —le dijo Xanti.

El tipo así lo hizo Xanti se reunió con su compañero junto al timón.

—Bueno, la fiesta comenzó...

CAPÍTULO XIV

LAS negras aguas del río chapoteaban perezosamente contra las pilastras que sostenían la larga hilera de muelles y almacenes. La densa niebla húmeda y maloliente reptaba como el aliento de un pantano. Las luces eran apenas visibles ya a cierta distancia, los ruidos, en aquel sector de los muelles, eran pocos y característicos.

La lancha avanzaba con el motor parado. A proa, con sendos bicheros en las manos, Xanti y el bandido corpulento manteníanse alerta a los peligros, desviándola rápida y hábilmente de los pilares que brotaban súbito entre la niebla gris.

Allí delante una luz roja parpadeó tres veces.

—Ahí están.

Un minuto, dos... y emergió uno de tantos embarcaderos. La lancha chocó sordamente contra él. Rápidas, unas figuras fantasmales se movieron en lo alto del embarcadero, dos largas y fuertes sogas fueron echadas a cubierta. Xanti y el otro las atraparon y se apresuraron a asegurar la embarcación.

Varios hombres descendieron ágil y silenciosamente la resbaladiza escalera del muelle. Eran cuatro y además Joao Salgueiro. Traían unos bultos que tiraron sobre cubierta.

—Aprisa, poneos eso.

«Eso» eran sendos trajes de buceador, como los utilizados en la Marina o por los buceadores profesionales.

Xanti y Rich se apresuraron a ponérselos, así como uno de los hombres que vinieran con Salgueiro. Cuando estuvieron listos, este les habló en voz baja y seca:

—Ya sabéis lo que hay que hacer. Vosotros seguid a este, que

conoce el camino. Andando.

Los tres hombres se dejaron caer por la borda de la lancha y se hundieron en las aguas tranquilas y negras. Desde arriba, los otros vieron aparecer tres luciérnagas grandes entre las aguas, que se alejaron...

Entonces Joao Salgueiro y los demás retornaron arriba, al muelle, y se perdieron en la neblinosa oscuridad.

Los tres buceadores nadaron un buen rato entre dos aguas y sorteando pilastras. Rich y Xanti tuvieron oportunidad de admirar el sentido de orientación del tipo que les precedía, hasta descubrir ciertas marcas que sin duda fueron dejadas en diversas pilastras durante la tarde. De todos modos era una excelente labor.

Por fin se detuvieron al pie de la escalera que descendía desde el piso del almacén de Tai Wong. Uno tras otro emergieron del agua y, al salir, redujeron la luz de sus linternas frontales, salvo el que iba en cabeza, ahora Xanti. El que les guiara, ahora, cerraba marcha.

Hubo que forzar la pesada trampilla y no resultó tarea fácil en tan incómoda posición, pero tras diez minutos de trabajo, entre Xanti y Rich lo consiguieron. Mientras el primero mantenía la trampilla alzada, el otro se escurrió al interior del almacén. Luego le siguieron los demás.

Allí todo estaba oscuro y silencioso. Tras colocar la trampilla en su sitio, los tres hombres se acurrucaron junto a una pila de sacos de café y Xanti desprendió de su cintura una bolsa de plástico, abriéndola y extrayendo una mascarilla y un frasco de narcótico.

Por el fondo se abrió una puerta y una ráfaga de luz penetró en el silencioso almacén. Era un guardián, tipo fornido y armado con revólver, que lanzó la luz de su linterna por uno de los corredores entre las pilas de mercaderías. Luego avanzó con pesados pasos, realizando su ronda...

Rich y Xanti se hallaban ahora agazapados casi frente a frente, a ambos lados del corredor que seguía el guardián en su avance, pegados a las mercaderías y listos para actuar. El guardián llegó a su altura sin recelar nada, pero un metro más adelante la luz de su linterna descendió al piso y descubrió las huellas húmedas.

El hombre emitió, una sorda interjección y se envaró, echando mano a su revólver. Un instante después, Xanti le caía sobre la

espalda, atrapándolo en una férrea presa de judo, y Rich le saltaba como un gato a la cara, aplicándole la mascarilla de éter.

El tipo era duro, pero de nada le valió. Dos minutos más tarde se derrumbaba sin sentidos. Sosteniéndolo, Xanti esperó a que su compañero le cogiera las llaves que llevaba colgadas del cinto, luego lo dejó en tierra. El tercer miembro del comando llegó silencioso...

—Visto, vamos.

No había más guardianes en el almacén, al parecer. Los tres hombres se apresuraron hacia la entrada principal del mismo y Rich la abrió, procurando no hacer demasiado ruido. Allí fuera estaban apiñados contra la pared los restantes miembros del grupo de ladrones y ayudaron a abrir los pesados portales.

En aquel momento una luz roja se encendió en un panel de instrumentos y algo comenzó a zumbar... Aquel panel se hallaba situado en el extremo del almacén que quedaba sólidamente cimentado en tierra firme. Y allí había una habitación secreta, ignorada tanto por los habituales trabajadores del almacén como por la policía. En la habitación hallábase Tai Wong en compañía de tres hombres armados con modernas metralletas ligeras y no menos modernísimas pistolas automáticas. El chino tenía una expresión dura y sarcástica cuando gruñó:

—Están metiéndose en la trampa...

Pulsó unos botones y tomó unos auriculares, poniéndose a hablar ante un pequeño micrófono:

—Ya entraron. Puede ordenar que salgan las lanchas y cubran la ruta.

Escuchó unos momentos, luego sonrió y se quitó los auriculares, desconectando el transmisor.

Salgueiro y sus hombres trabajaron realmente aprisa. Las pesadas capas de armas y municiones fueron trasladadas desde el interior del almacén a la furgoneta que el propio Salgueiro fue a buscar y trajo al callejón en menos de tres cuartos de hora. La furgoneta realizó exactamente dos viajes hasta el muelle, no muy lejano, donde se hallaba amarrada la lancha de Xanti y Rich, a cuyo bordo fueron descendidas por medio de cuerdas, a fuerza de brazos, por el grupo de hombres silenciosos y activos. Rich y Xanti no fueron los menos trabajadores, desde luego. Cuando la última caja

estuvo cargada en la furgoneta, ellos dos se ocuparon de cerrar las puertas del almacén.

Entonces se apagó la luz roja en el cuarto secreto. Tai Wong esbozó una dura sonrisa y fue a manipular la cerradura electrónica que abría la puerta de la habitación secreta. Él y sus acompañantes moviéronse veloces por el interior del saqueado almacén hasta la trampilla, dos de los hombres se inclinaron a alzarla y el chino, con su linterna que empuñaba y encendió, hizo una señal.

Allí abajo escuchóse el ruido sordo de un motor de canoa ligera a muy escasa potencia, luego se vio aparecer una luz roja y, poco después, una lancha rápida abordaba con lento golpetazo la escalera.

Tai Wong y sus hombres descendieron aprisa y subieron a la lancha, a cuyo bordo solo había su conductor. El chino ordenó:

—Con cuidado sumo, no quiero que recelen. Te paras a la misma salida y esperas.

El piloto de la lancha obedeció y maniobró con gran destreza entre las pilastras, guiado apenas por el foco de su proa.

En el muelle donde estaba atracada la lancha de los camaradas reinaba ahora una febril agitación silenciosa. Todas las cajas de armas estaban siendo estibadas en la bodega y amarradas sólidamente sobre cubierta, para evitar su desplazamiento. Los hombres sudaban copiosamente, pero no se detenían. Xanti y Rich, tras despojarse de los trajes de bucear y recuperar sus ropas, coadyuvaban. Y cuando finalmente todo estuvo listo, Salgueiro ordenó:

—Jorge, llévate la furgoneta y déjala donde ya sabes. Los demás, tumbense en cubierta y cúbranse con las lonas. Vosotros, a vuestro puesto. Rata, tú te quedas.

Ya el Rata estaba iniciando la subida de la escalera. Se volvió, nervioso y asustado, protestando:

—¿Para qué, Joao? Yo no...

—He dicho que te quedas. Vamos, obedece.

Asustado, el hombrecillo obedeció. Los demás, tras desarmar la lancha, procedieron a ocultarse sobre cubierta. Salgueiro fue junto a Xanti, que había tomado el pilotaje, y le ordenó:

—Sal a marcha lenta y cuando lleguemos a agua libre acelera.

Ya te daré la dirección.

Xanti obedeció, puso en marcha el motor y sacó a la lancha lentamente del muelle, por entre la espesa bruma...

Debajo de su almacén, Tai Wong escuchó aquel ruido y ordenó a su vez:

—Adelante. Y ya sabes...

La lancha rápida se movió despacio, con el motor en sordina, hundiéndose de modo fantasmal en la bruma. Era más potente el ruido del motor de la embarcación perseguida. Otra lancha rápida, a la que habían transbordado dos de los que acompañaban al chino, les seguía a remolque con un cabo corto y con su motor apagado.

Xanti sacó su embarcación sin novedad a las aguas libres. Entonces, Salgueiro le dio nuevas instrucciones, tras haber estado todo el tiempo atento a posibles ruidos delatores de que estaban siendo perseguidos y, no escuchando ninguna, tranquilizado por la niebla además, decidirse.

—Vira aguas arriba y métele a fondo la velocidad.

—Es peligroso, con esta niebla.

—No vienen barcos por ese lado. Obedece.

Encogiéndose de hombros, Xanti así lo hizo. El potente motor de la lancha atronó el silencio y la proa de la embarcación cortó las aguas negras río arriba.

Allí detrás, Tai Wong dijo, con sarcasmo:

—Estúpidos... No necesitamos seguirlos demasiado de cerca.

Ya sus hombres estaban soltando el cabo de la otra lancha rápida, y ambas iniciaron la persecución, guiadas por el ronco ruido del otro motor.

Durante media hora larga, nada sucedió. Iban por el centro de la ancha corriente y allí no había tanta niebla, en realidad esta se espesaba hacia las orillas. Y allí, en cada una de aquellas orillas, navegaba una lancha rápida idéntica a las de Tai Wong, ocupada por tres hombres potentemente armados. Cada una de aquellas lanchas estaba equipada con un potente reflector y también, con un detector de sonidos, gracias al cual no solo mantenían pleno contacto con la lancha que remontaba el centro de la corriente, sino que se permitían el lujo de escoltarla a medio gas de sus más potentes motores y marchando por delante algunos centenares de

metros, con lo cual desde la otra embarcación no podían ser escuchados.

De pronto, Salgueiro se acercó a los dos amigos y ordenóles seco:

—Parad el motor.

Ellos se miraron y le miraron, como sorprendidos. Xanti inquirió:

—¿Aquí, en medio del río?

—Aquí. Obedeced.

Con un encogimiento de hombros, Xanti se lo indicó a Rich, que cortó el encendido del motor. La embarcación aún avanzó algunos metros impulsada contra corriente, pero muy pronto se detuvo y comenzó a derivar.

Para entonces ya estaban sucediendo a su bordo demasiadas cosas.

Apenas se hubo detenido el motor cuando los cuatro tipos que con Salgueiro quedaron a bordo, sin contar al Rata, se pusieron de pie empuñando dos de ellos metralletas ligeras y pistolas automáticas los restantes. También Salgueiro había sacado una, con la que apuntó a los dos camaradas.

—¡Arriba las manos y ojo con lo que hacéis!

Ellos parecieron momentáneamente aturdidos. También el Rata estaba muy nervioso. Xanti gruñó:

—¿Qué significa esto? ¿Así cumples tus tratos?

Salgueiro rio con cinismo, en tono bajo. Sus cuatro hombres ya se alineaban a sus espaldas, apuntando a los dos propietarios de la lancha.

—Habéis sido muy inocentes vosotros. En adelante seguiremos el viaje sin vuestra compañía. Rata, tú ahí, con ellos.

El hombrecillo respingó y su nerviosismo aumentó al máximo.

—¡No, Joao, no puedes hacer eso...! ¡Yo soy tu amigo, te proporcioné este negocio...!

—Echadlo ahí, vamos.

De un empuellón, uno de sus hombres envió al Rata contra los dos amigos. El hombrecillo casi cayó y comenzó a chillar pidiendo gracia. Xanti se lo sacudió de un empuellón, enviándolo contra la cabina, y dijo a Salgueiro con enojo:

—Eres un maldito puerco, Salgueiro. Y no esperes que te pidamos gracia nosotros. ¡Vamos, dispara de una vez!

Pero Salgueiro no lo hizo ni tampoco se lo ordenó a sus hombres.

—Os diré una cosa. Vosotros me caéis bien, sois tipos duros. Haceos cargo, este es un negocio excelente y será redondo cuando os eche a un lado. Pero sé apreciar a hombres de vuestro temple y por eso os concederé una posibilidad. El río.

Los dos amigos se miraron. Y volvieron a mirar a Salgueiro, que sonreía, así como sus hombres, siniestramente

—Eres muy generoso tú —le dijo Rich con sarcasmo—. Sabes que no llegaremos a la orilla y que si no nos devoran las pirañas, lo harán los caimanes.

—Bueno, es una probabilidad. Pero a lo mejor tenéis suerte. Y la alternativa es una ráfaga de balas en la tripa. Elegid, tenéis diez segundos.

Diez segundos. Volvieron a mirarse ambos camaradas. Luego, sin más hablar, se encaminaron a la borda. Allí, Xanti se volvió a medias.

—Supongo que nos dispararéis cuando ya estemos en el agua...

—Eso podría hacerlo mejor ahora. No gastaré balas con vosotros; incluso os deseo suerte. Y ahora, ¡al agua!

No había salida, ni opción. Los dos amigos se volvieron a la negra corriente, aspiraron hondo.

A su espalda, Salgueiro estaba mirando al Rata, que había terminado de chillar súplicas y daba la impresión de buscar una imposible escapatoria.

—¡Yo no sé nadar, Joao, no me obligues...!

—No lo vas a necesitar. Dale lo suyo, tú.

El aludido, uno de los que empuñaban metralletas, apretó el gatillo casi a bocajarro y la ráfaga de proyectiles casi partió por la mitad al Rata, que rebotó contra la pared de la cabina con un aullido de agonía.

En el mismo instante, y antes de que nadie pudiera dispararles, Xanti y Rich se zambulleron de cabeza en las negras aguas del río. Por rápidos que fueron los dos que aguardaban órdenes de Salgueiro, cuando comenzaron a disparar a las aguas ya ambos

camaradas estaban debajo.

Y en aquel mismo momento dos potentes focos de luz cegadora cayeron sobre la lancha, barriéndola y deslumbrando a sus ocupantes.

—¡Maldición! ¿Qué es eso?

—¡Se acercan embarcaciones rápidas...!

—¡Parapetaos detrás de las ca...!

Las dos lanchas rápidas que habían estado un poco adelantadas, al cesar el ruido del motor de la que vigilaban, simplemente dieron vuelta y se deslizaron al sesgo corriente abajo, guiadas por el radar, hasta llegar a menos de cien metros de la embarcación de los dos amigos justo cuando le disparaban al hombrecillo. Entonces ambas encendieron sus reflectores, atravesando la débil capa de niebla del centro del río y enfocando sin dificultades a la otra embarcación. Por abajo llegaban ahora, zumbando, las dos otras canoas a toda velocidad.

Antes de que Salgueiro y sus compinches, atrapados y sorprendidos, pudieran reaccionar eficazmente, de las lanchas rápidas partieron largas ráfagas de ametralladora y metralleta, que casi cruzaron sus fuegos sobre la embarcación. El primero en caer fue el que asesinara al Rata, doblándose sobre sí mismo al recibir de lleno media docena de proyectiles. Salgueiro cayó sobre las cajas de armas que pretendía robar y aún estaba vivo, pero dos balas le destrozaron la cabeza cinco segundos más tarde. Los otros tres, uno de ellos herido también, se parapetaron como pudieron y dispararon a ciegas contra sus inesperados atacantes.

Fue una pelea muy corta. Cuando llegaban las otras dos lanchas murió el tercero de los que estaban sobre cubierta de la cercada y a la deriva. Los dos supervivientes, llenos de pánico, gritaron pidiendo cuartel. Desde una de las lanchas se les ordenó alzarse y levantar las manos. Cuando lo hicieron, confiados a medias, sendas ráfagas de metralleta los abatieron.

Entonces, las lanchas rápidas abordaron despacio a la de carga y varios de sus ocupantes saltaron sobre cubierta. También lo hizo Tai Wong. El chino examinó con fría indiferencia los cuerpos ensangrentados, ordenando poner boca arriba a uno o dos de ellos. Luego habló:

—Faltan los dos propietarios de la lancha. Búsquenlos.

—Bueno, deben estar flotando en el río —le contestó uno de los que ocuparon las lanchas iniciadoras del ataque—. Oímos ráfagas de ametralladora y un alarido mortal instantes antes de encender los reflectores, pudimos ver cómo algunos de estos apuntaban al agua. Debieron parar aquí para deshacerse precisamente de ellos.

—Es posible. De todos modos, registren la embarcación.

Fue tarea de pocos minutos.

—Nada. La bodega está llena con las cajas.

—Está bien. Echad a esos cadáveres al agua, las pirañas y los caimanes se encargarán de ellos. Tú, pon en marcha el motor. Llevarás la lancha a la fazenda. Vosotros escoltadla, pero nada de imprudencias, sobre todo al pasar por delante de Manaus. Nosotros retornaremos allí y de paso inspeccionaremos el río.

Tai Wong regresó a su lancha. Todos los demás también, salvo el que iba a pilotar la embarcación capturada y otro que quedó con él a bordo. Se apagaron los focos y mientras las dos embarcaciones que trajo el chino viraban rápido para retornar a Manaus, las otras que cerraron sobre la capturada colocáronse a sus costados, pero a cierta distancia, una algo adelantada, la otra algo retrasada, para darle escolta. Volvió a haber oscuridad.

Y entonces, cuando la embarcación capturada reanudó la marcha, virando despacio para emproar río abajo, dos cabezas asomaron cautelosamente a uno de los lados del casco, dos manos se agarraron a una de las cuerdas de las defensas laterales de la embarcación.

Xanti y Rich habían permanecido todo aquel tiempo nadando por debajo del casco de su lancha y saliendo a respirar cuidadosamente al amparo de los cascos de las embarcaciones abarloadas. Ahora se dispusieron a poner en práctica un plan tan audaz como desesperado.

No podían permanecer mucho más tiempo en el agua porque la sangre de los muertos echados por la borda atraería, estaba ya atrayendo, sin duda, a los cardúmenes de pirañas y a los caimanes del río. Por fuerza, pues, debían salir de ella y retornar a la cubierta de su embarcación, a riesgo de ser descubiertos y acibillados a balazos.

Pero tenían dos cosas a su favor; los piratas les creían muertos y había vuelto a hacerse la oscuridad. Primero fue Rich el que se izó,

poco a poco, por la borda de estribor, dónde la canoa rápida de escolta andaba hacia la proa, mientras Xanti hacía contrapeso por debajo del agua al otro lado.

El que quedara de guardia sobre la lancha capturada no esperaba visitas y había ido junto al que la pilotaba, ambos miraban hacia delante y conversaban animadamente comentando lo ocurrido. Ni se enteraron de que una sombra furtiva trepaba sobre cubierta y se ocultaba, pegada a los cajones, tapándose con el hule.

Tampoco se enteraron de que Xanti iba a reunirse con su camarada. Incluso al hacerlo halló y recogió una de las pistolas perdidas por los muertos. Luego, ambos agentes se acurrucaron bajo las lonas, procurando pasar desapercibidos. Y Rich susurró:

—Ojalá no se les ocurra a esos venir hacia aquí ahora...

CAPÍTULO XV

LA joven estaba rumiando sombríos pensamientos, sin haber probado la cena que horas antes le subieran ni tampoco había querido acostarse. Llevaba horas así y cada vez sentíase más llena de desesperación.

Ahora giró veloz al oír abrirse la puerta y se puso en guardia. Pero Werner Traütloff, que era quien llegaba, no parecía traer peligrosas intenciones. Avanzó despacio, miró la cena intacta, el lecho igual, y luego a la mujer rígida y alertada, suspiró:

—Es absurdo, Roswitha. No vas a ganar nada con eso.

Como ella no le contestara añadió:

—Es mejor que comas y procures dormir, que te hagas a la idea de que aquí no has de poder salir y nadie te podrá sacar.

—Ya me la hago —fue la amarga y dura respuesta—. Soy una prisionera y mi carcelero viene a cualquier hora del día o la noche a comprobar que estoy en su poder.

—No. Yo no soy tu carcelero. Sabes que te amo, que una palabra tuya bastará para convertirte en reina, en la dueña de todo.

—No oirás jamás esa palabra de mis labios.

—¿Por qué? Ya una vez me amaste...

—Y tú mataste aquel amor, convirtiéndolo en odio, horror, asco y desprecio.

Traütloff empalideció y le fulguraron las pupilas.

—Cuida lo que dices, Roswitha.

—No lo haré. Soy tu prisionera, estoy en tu poder. Tendrás que matarme, eso es todo.

—No. No a ti. Hay medios, tú lo sabes, para volverte dócil.

—Seguro. Y tú los conoces todos. Pero, ¡qué gran victoria va a ser para ti! Qué gran victoria...

—¡Cállate!

Otra vez pareció que Werner Traütloff iba a golpear a su prisionera y de nuevo se dominó. Respirando fuerte, sacó tabaco y encendió un cigarrillo sin prisas. Luego la miró fijo, ya encalmado:

—Vine a darte una noticia —dijo—. Los dos tipos que te ayudaron, llevándote a buscar a tu marido...

—¿Les has asesinado?

—Yo, no. Se conchabaron con un tal Joao Salgueiro, un granuja propietario de un tugurio del puerto de Manaus, para robar el alijo de armas que esperaba a ser trasladado aquí desde el almacén de Tai Wong. Pero la misma rata de muelle que les dio el informe los traicionó, buscando mayor beneficio, informando a mi socio, Tai Wong. Y bueno, les dejamos sacar las armas a su riesgo, pero ocurrió que Salgueiro no pensaba compartir su botín con tus amigos, así que los mató en mitad del río.

—¡No te creo! Asesino y jefe de asesinos.

—Debes creerme, en este caso mis hombres se limitaron a recuperar lo que me pertenece y a vengar a tus dos amigos. Lástima, porque hubiera querido tenerlos aquí, sospecho que eran dos agentes secretos brasileños interesados en mi negocio. Ahora iré a recibir el cargamento y me enteraré de los detalles de la operación, después te los contaré. Mejor mañana, porque creo que debes dormir.

No dijo más y salió de allí sin que la joven pronunciara palabra. Al quedar sola, ella se tapó la cara con las manos en gesto de gran desesperanza.

Tras un viaje más bien breve y sin nuevas complicaciones, la lancha de carga y las que la escoltaban penetraron en el Amazonas, lo remontaron y se introdujeron más tarde por el canal que conducía a la plantación de Traütloff. Nadie había notado nada sospechoso sobre cubierta de la lancha capturada y el que la vigilaba no fue ni una sola vez a popa. Al ir a embarcar el canal, las dos lanchas rápidas se adelantaron a la capturada y encendieron sus reflectores. Los piratas estaban por lo visto muy seguros.

Los dos camaradas no se movieron, aunque manteníanse avizorantes, de debajo de las lonas hasta que notaron cómo la lancha comenzaba a perder velocidad. Entonces, uno tras otro se escurrieron a popa y se deslizaron al agua, nadando para ir a sujetarse a ambos lados del casco de las defensas del mismo mientras rezaban mentalmente para que no hubiera pirañas en el canal. Así, permanecieron ocultos por la masa de la embarcación a los ojos de los hombres que ya se encontraban en el embarcadero.

Werner Traütloff había llegado para dar las órdenes oportunas y los dos amigos oyeron su voz dura y metálica claramente.

—Descargad aprisa esas cajas y conducidlas junto a los hangares. Después llevaos esa lancha de nuevo al Amazonas, barrenadla con una carga de plástico y hundidla.

Habían escuchado suficiente. Ambos, tras tomar aire, se zambulleron con sigilo y después nadaron entre dos aguas hacia una de las orillas, saliendo sigilosamente del canal al amparo de la densa vegetación.

Acurrucados entre ella contemplaron cómo a más de cincuenta metros de distancia los piratas procedían a descargar las armas bajo la luz de potentes focos.

—Hay una barrera electrificada —gruñó Xanti—. Y debe haber un buen número de hombres ahí.

—Yo quisiera saber si nuestros compañeros habrán podido seguirnos hasta aquí. Y también quién dirigirá todo esto.

—Procuraremos averiguarlo. Vamos.

Se metieron por entre la maleza, dando un amplio rodeo, y minutos más tarde llegaban ante una alta alambrada, muy tupida. Estuvo en un tris de que tropezaran de narices con ella en la total oscuridad, pero como avanzaban con toda clase de precauciones, la descubrieron a menos de medio metro de donde estaban. Rich, que lo hizo, detúvose y paró en seco a su amigo.

—¡Cuidado!

—¿Qué hay?

—Míralo tú.

Xanti así lo hizo, a la luz débil del encendedor de gas de su camarada y el suyo propio. Luego de hacer una mueca, suspiró:

—Esto no hay quien lo pase.

Quedaron indecisos. Podían oír a cierta distancia los ruidos de la descarga y carga de las armas, pero era como si se encontraran al otro lado del mundo.

—Si al menos pudiéramos comunicarnos con los otros... Pero ese micro-transmisor solo tiene un cuarto de kilómetro de radio de acción.

Volvieron a callar. Y de pronto Rich emitió una interjección.

—¡Tal vez podamos! Tengo una idea y un cuchillo. Ven.

Reptaron cuidadosamente hasta junto a la alambrada electrificada. Allí Rich tanteó la tierra despacio.

—Lo que pensaba. La tierra es muy blanda. Hagamos un túnel.

—Nos va a llevar mucho tiempo.

—La alternativa consiste en quedarnos sentados y esperar que vengan a buscarnos. No creo que te guste.

No le gustaba a Xanti. Y así, los dos agentes comenzaron a excavar el terreno, húmedo y denso de humus, con toda clase de precauciones para evitar el ser electrocutados.

Tuvieron verdadera suerte. Una hora más tarde había logrado excavar un túnel que les permitía reptar como lagartos por debajo de la alambrada electrificada, gracias a que allí la tierra era más bien una capa de mantillo vegetal de fácil y cómoda extracción. Uno tras otro se escurrieron, sus cuerpos pasando a menos de quince centímetros de los alambres mortales, al otro lado de la alambrada, saliendo al interior de la plantación.

Se pusieron en pie, respirando entrecortadamente. Estaban rodeados de silencio y oscuridad, porque había terminado la descarga de la barcaza mientras tanto y ya esta se alejó de retorno al río.

—Bueno, ya estamos aquí. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Tratar de conectar con los nuestros.

Fue inútil y pronto lo dejaron.

—Lo más probable es que hayan perdido contacto y no sepan siquiera dónde nos encontramos. Bueno, tenemos una pistola mojada y un cuchillo, todo un arsenal.

—Debe haber centinelas y hasta posiblemente perros guardianes. Calculo que debemos encontrarnos a unos cuantos kilómetros al suroeste de Manaus, en una de tantas plantaciones

aparentemente normales. Hay que tratar de localizar todos y cada uno de los detalles de la misma, memorizarlos y, a ser posible colocar alguna señal visible desde el aire. Luego trataremos de regresar a Manaus. Y volveremos por el aire.

Iniciaron su avance a través de la plantación, procurando no hacer ningún ruido. Y no tardaron en alcanzar la franja de terreno despejada.

—¡Mira eso!

—Una pista de aterrizaje. Y allí hay muchas edificaciones. Lo que sospechábamos, este es el centro de distribución de las armas.

—Y van a cargarlas. Están sacando aviones de aquel hangar.

—Vamos, con mucho cuidado.

Los dos agentes volvieron a meterse entre los árboles y avanzaron hasta llegar a prudencial distancia del punto donde los piratas estaban procediendo a cargar la primera de las avionetas con las cajas de armas. Podían ver el balizaje con luces rojas de la franja despejada de terreno, las siluetas de los hangares camuflados como galpones de almacenamiento, el edificio principal y las restantes construcciones, a los hombres que trabajaban aprisa y también al que les daba las órdenes, moviéndose de un lado para otro. La segunda avioneta estaba aún dentro de su hangar, pero alistada para salir a su vez cuando la otra partiera, ya cargada. Todo era ajeteo y movimiento.

—No caben dudas de que están muy bien organizados —dijo Rich suavemente—. ¿Qué te parece?

—Tenemos que impedir que despeguen esas avionetas.

—Dime cómo. Ahí hay una docena de hombres armados y a no dudarlos no serán los únicos.

—Si podemos entrar en la casa puede que lleguemos a descubrir el cuarto de controles de la alambrada y todo lo demás. Y si estropeamos esos mecanismos no habrá mayores problemas para entrar aquí.

—El problema lo tendremos nosotros para salir. Sé sincero, estás pensando en la viudita.

—¡Vete al infierno! Somos agentes del Servicio Secreto Militar, ¿verdad? Nos enviaron a localizar a estos piratas y su escondrijo, lo hemos conseguido y ahora hemos de tratar de atraparlos. El riesgo

es cosa presupuesta en nuestro oficio.

—Sí, hombre, sí. Andando, tú diriges esta operación.

Eran dos hombres de pelo en pecho, valientes, atrevidos y prudentes también. No iban a cometer temeridades, sino a jugar arriesgadamente sus bazas contra los piratas del Amazonas. Lo que pudiera sucederles les tenía un poco sin cuidado, pero tampoco eso significaba que desearan morir.

CAPÍTULO XVI

ROSWITHA COSTA salió de su marasmo mientras miraba cómo bajo las órdenes del hombre que un día fue su amante, a quien amó con la ilusión de su adolescencia creyéndole una especie de Sir Lancelot, que más tarde averiguó solo era un gran asesino y un perfecto malvado, por cuya culpa sufrió todo lo que una mujer podría sufrir y que ahora, al cabo de años de ignorar su paradero, volvía a tenerla en su poder, irremediablemente, dirigía el transporte del alijo de armas allí abajo. Era de Werner Traütloff, su padrino, primo hermano de su madre Standartenführer S.S., miembro distinguido de la Gestapo a los veintidós años, criminal de guerra con la cabeza a precio. La había criado, la mantuvo engañada de todo, oculta a todos, cuando se hizo mujer la convirtió fácilmente en su amante, después...

Él la amaba, sí, mucho, a su modo. De eso estaba tan segura como de que no iba a dejarla escapar. Sería capaz de matarla para impedir que se repitiera lo de años atrás, que ella pudiera pertenecerle a otro.

Tenía que huir. Ahora mismo. Cualquier cosa, la misma suerte, le resultaba preferible a la perspectiva de aquel cautiverio.

Había estado horas y horas rumiando aquellas ideas, tales pensamientos y otros muchos. Y ahora, de repente, se decidió.

Casi todos los hombres estaban metidos de lleno en la tarea, el propio Traütloff dirigiéndolo. Si conseguía salir de la casa y huir hacia la parte opuesta, introduciéndose en la selva, le quedaría una oportunidad. En alguna parte debía haber un embarcadero, en él lanchas rápidas como aquella con que fueron atacados ella y los

dos aventureros que la conducían a su cita con su marido, tan fallida. Si lograba apoderarse de una y escapar...

Era un plan loco, pero no le importaba. Si la atrapaban, se mataría. Todo antes que conseguir que Werner volviera a ponerle las manos encima.

Además, ella era agente secreta, vino a con una misión concreta, debía hacer lo posible por cumplirla. Informar a sus superiores de que Werner Traütloff estaba vivo aquí, en las cercanías de Manaus.

La puerta estaba cerrada, pero ella había recibido sólida instrucción en el servicio secreto alemán. Necesitó exactamente doce minutos para abrirla. Luego salió al pasillo.

Como imaginara, el interior del edificio estaba prácticamente vacío. Al llegar abajo descubrió un armario lleno de armas de todos tipos. Con decisión fue allí, lo abrió y se apoderó de una pistola automática y un cargador repleto, que encajó en su lugar, cargándola. Si trataban de detenerla, mataría.

Abrió una puerta pequeña que debía dar a la parte trasera del edificio. Nadie la había visto ni oído.

Pero cuando iba a salir oyó pasos pesados acercándose allí fuera. Rápida, volvió a cerrar.

El centinela armado con metralleta que rondaba rutinariamente la casa no advirtió nada, pasó de largo. Cuando se perdió el ruido de sus pasos, la mujer salió veloz, entornó la puerta y, tras comprobar que no había nadie a la vista, corrió hacia la protección de los árboles cercanos de la plantación.

No había dado diez pasos a la sombra de ellos cuando algo pesado saltó sobre su espalda y, antes de que pudiera gritar, una mano le tapaba la boca mientras una voz que no creyó ya oír le advertía en tono bajo e imperioso:

—¡Tranquilícese, señora Costa! ¡Somos nosotros!

Aturdida, la mujer dejó de resistir. Y cuando la soltaron miró incrédula a los dos hombres sonrientes.

—¿Uste...des? Pero... Él me dijo... me dijo que estaban muertos...

—Nos alegra mucho que lo crea, pero ya ve que estamos vivos.

—Y contentos de verla sana y salva. Advertimos su salida corriendo y decidimos detenerla. Sola no puede huir.

—Tengo que hacerlo, él es... él es Werner Traütloff, uno de los nazis más buscados. Pariente mío...

—Hola, esa es una gran noticia. Explíquenosla rápido, mientras regresamos a la casa.

—¿Regresar?

—Hemos de impedir que despeguen esos aviones, a toda costa. Somos agentes secretos del Gobierno brasileño, señorita Elsener.

—¿Conocen ya mi identidad?

—Nos la facilitaron esta tarde. Habríamos ahorrado bastante trabajo de saberla antes y puede que a usted algún disgusto. Pero bien está lo que está bien.

Ella sentíase ahora muy aliviada ante la inesperada ayuda. Rápidamente les informó de la identidad de Traütloff y todo lo que él le contara acerca de su red de tráfico de armas. Mientras, vieron cómo el centinela realizaba otra pasada sin ninguna prisa por detrás de la casa.

En cuanto hubo vuelto a doblar la esquina, los tres corrieron a la puerta y se introdujeron en el edificio.

—Guíenos donde están esas armas.

Se aprovisionaron velozmente mientras ella vigilaba. Y ya habían terminado cuando oyeron llegar a alguien. Veloces y silenciosos, se escabulleron ocultándose.

El tipo que llegaba debía tener por misión rondar dentro del edificio, pero parecía muy tranquilo. Con su linterna sorda encendida iba recorriéndolo todo sin prisas, entró en aquella habitación.

Y Xanti le cayó encima por detrás, atrapándole el cuello con una presa de judo e impidiéndole gritar. La linterna del hombre cayó al suelo, trató de resistirse y dar la alarma.

—Abre la boca y te degüello.

El suave aviso de Rich, junto con la punta de un cuchillo en su garganta, volvieron muy prudente al guardián. Mientras así se retenían, Roswitha se agachó y recogió la linterna, plantándole la luz en los ojos.

—Ahora, amigo, si quieres vivir vas a decirnos dónde está el cuarto de control.

Aquel tipo quería vivir. Gruñó un asentimiento y dijo por dónde

debían caminar.

Solo había un hombre en el cuarto de controles y estaba atento a unos paneles electrónicos. Una cosa que ignoraban los agentes secretos era la inmensa suerte que tuvieron de entrar precisamente aquella noche en la plantación, pues justo al comenzar a anochecer una tonta ave selvática, que pagó con su vida, había ido a provocar una avería en el circuito cerrado de televisión y la red electrónica protectora. Horas de febril actividad pusieron de nuevo en funcionamiento el servicio de alarma, la electrificación de la verja. Pero aún no había podido ser reparado el circuito de televisión ni tampoco el de defensa y alarma interior de la casa. Por eso Traütloff tenía tanta prisa en despachar aquel alijo de armas.

Xanti acogotó al vigía que traían preso antes de entrar en el cuarto de controles. Luego, él y Rich entraron, seguidos por la joven, y tomaron al técnico en electrónica por sorpresa.

—Tranquilo, amigo, si quieres seguir vivo.

Aquel hombre no era exactamente de pelea. Se dejó dominar por tan formidables enemigos sin oponer resistencia.

—Vaya, es realmente completo e instrumental.

—No perdamos tiempo, hay que inutilizarlo.

Fue tarea de pocos minutos, en realidad. Unos cuantos golpes bien propinados en ciertas partes vitales de los delicados aparatos electrónicos y todo el «cerebro» protector de la falsa hacienda quedó aniquilado. Dejando bien amarrado y amordazado al técnico, los dos amigos y la joven salieron de allí y fueron a mirar por una ventana del primer piso.

—¡Una avioneta ya escapa!

—¡Y sacaron la otra, la están comenzando a cargar!

Así era. Los piratas se daban realmente mucha prisa. Una de las avionetas, ya cargada, estaba remontando el vuelo por la pista y la segunda, con el motor calentándose, comenzaba a ser cargada.

—¡Esperad aquí!

Xanti les dejó solos y salió de la habitación. Roswitha inquirió, nerviosa, de Rich:

—¿Adónde va, qué se propone?

—Tranquílcese. Xanti siempre sabe lo que hace. Estaba muy inquieto por usted, de veras.

Ella se sobresaltó evidentemente, y fue significativo su silencio.

Xanti había vuelto donde estaba el muestrario de armas. Allí tomó un fusil lanza-granadas y media docena de ellas, regresando de inmediato junto a sus amigos. Rich entendió en el acto su idea.

—¿Crees que resulte?

—Si le doy a la avioneta la incendiaré y no podrán sacar las armas. Tú, regresa y tráete toda la munición que puedas.

—De acuerdo. Suerte.

Mientras alistaba el fusil lanza-granadas, Xanti miró fijo a la mujer.

—Sabe que debo hacerlo, ¿verdad?

Ella le sostuvo la mirada.

—Sí, lo sé.

—Puede que no salgamos vivos de esta. ¿Le importa?

—No. Ya tenía perdida la esperanza.

—Pero si saliéramos... Quiero decirle algo. ¿Lo querrá escuchar?

—Tendré antes que decirle yo muchas cosas, demasiadas. Puede que cuando las conozca ya no desee decir eso.

—Entonces no me cuente nada. Borrón y cuenta nueva.

Alargó una mano, la cogió por la barbilla y ella no opuso la menor resistencia, sino muy al contrario.

Cuando Rich llegaba cargado, de munición y con otra metralleta de repuesto ya les vio separados, pero intuyó lo que había sucedido y sonrió. Xanti estaba serio, le habló con voz normal.

—Vete a la otra habitación con ella y cuando esos vengan hacia aquí barredlos con las metralletas. Puede que la sorpresa de nuestro ataque nos depare el éxito.

—Como tú mandes, muchacho. Vamos, señorita Khöler.

Al quedar solo, Xanti abrió la ventana y apoyó cuidadosamente el cañón del rifle lanzagranadas sobre el alféizar, moviéndolo hasta apuntar al morro de la avioneta, ya a medio cargar. Luego apretó el gatillo.

Casi como un eco del disparo hubo un seco estallido y una fulgurante llamarada en la parte delantera de la avioneta. Luego, del morro comenzaron a brotar llamas azulencas y nubes de humo.

Hubo un breve silencio urdido entre los hombres de allá abajo,

que se volvieron veloces, dejando lo que hacían para mirar hacia la casa. Werner Traütloff reaccionó a los tres segundos escasos, con una reacción mezclada de rabia, ira y desconcierto.

—¡Pronto, poneos a cubierto! ¡Dos de vosotros conmigo!

Creía que era Roswitha Elsener, su amada, quien acababa de disparar sobre la avioneta, tras encontrar las armas y evadirse de su habitación.

Pero tardó muy poco en salir de su error. Apenas había echado mano a su pistola y dos de sus hombres, armados con metralletas, corrían con él hacia la casa mientras los demás buscaban rápido cobijo, cuando al tiempo que una segunda granada estallaba en pleno fuselaje de la avioneta, acabando de inutilizarla, de dos ventanas de la planta primera, sitas a la derecha de aquella desde donde disparaban las granadas, brotaron cárdenos ramalazos de luz y el inconfundible tableteo de las ametralladoras.

Roswitha Elsener había apuntado cuidadosamente al hombre a quien más odiaba y temía en el mundo. En el servicio secreto le enseñaron a disparar también y la distancia era relativamente corta. Alcanzó con tres proyectiles a Traütloff y lo derribó sobre el césped casi tropicado, mientras por su parte Rich se dedicaba a los dos tipos que venían con Traütloff hacia la casa, tumbando a uno de inmediato y al otro cuando trataba de buscar desesperadamente cobijo.

Un momento después, Xanti regaba con granadas el terreno alrededor de la incendiada avioneta y la metralleta de las mismas causaba nuevas bajas a los desconcertados piratas, cuyo fuego de respuesta era bastante débil y poco eficaz.

Y en aquel momento, a ras de los árboles, al fondo, por encima de la selva, aparecieron unas luces moviéndose aprisa, el viento trajo el inconfundible sonido de motores de helicópteros. Dos helicópteros pesados del Ejército brasileño, cada uno cargado con una docena de soldados y dos agentes del Servicio Secreto Militar.

EPÍLOGO

LA llegada de los soldados, que aterrizaron de inmediato y tomaron a los piratas por la espalda, acabó con el breve combate. Desmoralizados y sin su jefe, los piratas supervivientes no tardaron en entregarse. En cuanto a Werner Traütloff, estaba malherido, no podía oponer ninguna resistencia. De hecho, solo duró hasta Manaus, falleciendo cuando los médicos intentaban salvarle la vida en una operación de extrema urgencia.

Dentro de la casa fueron encontrados, en una caja fuerte, todos los documentos que probaban la extensión, importancia y peligrosidad de la banda de contrabandistas y piratas del Amazonas capitaneada por Traütloff, Tai Wong, que era en realidad un importante agente de su país, el cual financiaba en cierto modo y hasta cierto punto aquella organización, y un norteamericano residente en Texas, que se encargaba de adquirir las armas y transportarlas a la boca del Amazonas. Tai Wong había sido detenido cuando intentaba escapar de Manaus, también en su domicilio se encontraron pruebas más que suficientes para condenarlo a cadena perpetua.

La organización fue totalmente desarticulada y la mayoría de sus miembros puestos a buen recaudo. Aquellos que con su valor, audacia, habilidad y buena fortuna habían conseguido su destrucción recibieron las consabidas felicitaciones de sus superiores.

Pero uno de ellos solicitó la baja del servicio y poco después contrajo matrimonio con cierta hermosa joven alemana que también había sido dada de baja a petición propia de los servicios

secretos de su país. Luego, ambos se dedicaron a cultivar frutos y flores en una pequeña, pero productiva fazenda de Río Grande do Sul, lejos del mundanal ruido y de todas las complicaciones de la vida moderna.

Felices. Y como la felicidad no tiene historia, pues aquí esta terminó.

F I N

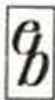


Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España